REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXV | San José, Costa Rica **1932** Sábado 22 de Octubre | Núm. 15

Año XIV. No. 607

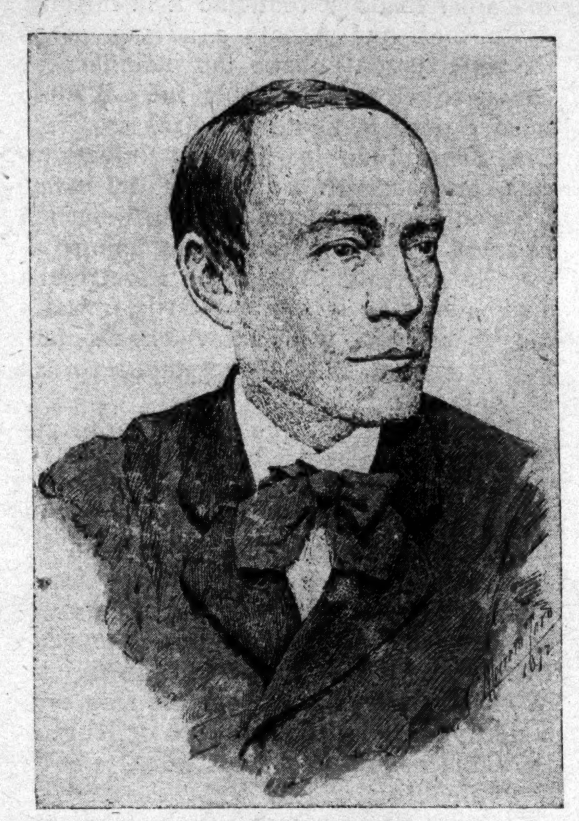
SUMARIO

CAPITULO XVIII DE UNA BIOGRAFIA INEDITA DE JOSE MARTI

"Tierra del sol amada"

...es ley maravillosa de la naturaleza que sólo esté completo el que se da.

(Martí: «Cecilio Acosta», 1881.)



Cecilio Acosta

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba a donde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo.

Desde que desembarcó en la Guaira estaba como embriagado de esta emoción histórica. Aquellas montañas del codo andino, que separaban de la costa el valle caraqueño, habían presenciado las galopadas de 1811. Aquel tibio regazo del Avila, en que reclinaba la capital su ameno caserío, había conocido los primeros dolores del nacer americano. Estaba en tierra sagrada.

¡Y cómo la sintió enseguida de suya y familiar! A pesar de sus puentes y sus riachos y su guardia de cumbres, ¡cómo le recordaba a las demás ciudades de América que él había conocido,—a México, a Puebla, a Guatemala y a la Antigua, a la misma Habana! Mostraba ese aire recoleto y manso que les da a nuestras ciudades la tradición colonial y el tener fuera de sí las fuentes económicas: algo de señoril y parasitario, como que se nutren del pasado y del campesinaje. Ahora les veía bien esta peculiaridad, viniendo de aquel Nueva York agitado y rudo, que no vive de recuerdos, sino de apetencias, y que tiene en sí mismo su taller y su despensa.

El viajero se ha ido perdiendo por las estrechas calles enlunadas. Ha remontado la cuesta del Calvario y penetrado en el jardín silencioso, donde la poda municipal lucha en vano contra la voluntad selvática del suelo. Desde el Catuche, se ha llegado hasta las barrancas fragantes por donde serpea el Anauco a ciudad traviesa. Ha contemplado la Catedral, el palacio del Arzobispo, el lujoso templo masónico... En una gran plaza central, ha encontrado una excesiva estatua ecuestre, dedicada al "Ilustre Americano, Regenerador y Pacificador de Venezuela"... Y en otra plaza más pequeña, una segunda estatua, pedestre ésta, y también dedicada a Guzmán Blanco.

Martí sonríe con un poco de tristeza y recuerda a su amigo Bolet. En Nueva York aún, el desterrado venezolano había tratado de disuadirle de que fuera a su patria, y le había contado muchas veces la historia tragicómica de esos monumentos. Siempre con alguna compunción, porque no había sido él mismo extraño a la iniciativa de ellos. En 1875, cuando la apoteosis de Guzmán Blanco, también a Bolet le había parecido que el caudillo de la Revolución Azul era el hombre providencial, y hasta había dedicado a su gloria un poema que fué laureado oficialmente... Acabando ya el Septenio, se convenció del error de aquella deificación y contribuyó a echar abajo las estatuas del césar en la histórica jornada de "los demoledores"... Triste ejemplo—pensaba Martí—de la veleidad y la impaciencia que tan a menudo llevaban hasta a los hombres mejores en "nuestra "América" a creer que una sola mano fuerte era capaz de enderezar los destinos de un pueblo. Semejante ilusión se pagaba cara. Ahora, las estatuas estaban de nuevo en sus pedestales, y Guzmán Blanco era más amo que nunca de Venezuela.

Del propio Bolet y de otros venezolanos de Nueva York había traído cartas de presentación para gente de cuenta en el país. Carmita Manti-

Carta alusiva

La Habana, 1.º de octubre de 1932.

Señor don Joaquín García Monge,
San José (Costa Rica).

Querido don Joaquín:

La visita, siempre tan apetecida, del *Repertorio* me ha tenido en comunicación con Ud. durante todos estos largos meses últimos—casi debo decir años—en que los cubanos respiramos ávidamente el aire limpio que nos viene de fuera. Más de una vez hubiera querido escribirle para reiterarle mi agradecimiento por esa labor espléndida que Ud. mantiene con un tesón y equilibrio tan poco frecuentes en nuestra América; pero, fuera de eso, no hubiera podido decirle más que tristezas cubanas—y quizá ni hubiera podido decírselas...

Mi refugio en estos últimos tiempos ha sido un libro en que he puesto mucho ahinco y cariño y cuyo esfuerzo sé que me va a estimar Ud.: la biografía de Martí. Usted sabe que hasta ahora los cubanos pasábamos por el bochorno de no tener más que algunas semblanzas rápidas de nuestro gran hombre. Creo haber hecho algo más.

El libro está ya terminado y a punto de salir para España, donde lo editará Espasa-Calpe, si es que se avienen al mayor número de páginas que me ha sido indispensable. Si no, alguna otra editorial española lo lanzará,—o una de Cuba. En cualquier caso, antes de fin de año estará en las librerías.

No he dado primicias del libro a nadie. A Ud. sí quiero mandarle ese capítulo, que es de los de más radio americano, por si lo quiere honrar con la publicación en el *Repertorio*, lo que me daría mucho gusto.

Poco bueno puedo contarle de acá, sino que al fin nuestro Juan Marinello está libre de nuevo—veremos hasta cuándo...

Y Costa Rica, la ejemplar, ¿se repuso de su percance revolucionario?

Unas líneas suyas me llenarían de contento. Sabe que de veras le admira y quiere su amigo

Jorge Mañach

lla descendía, por la línea paterna, de uno de aquellos Paoli que lucharon contra Génova y contra Francia por la independencia de su Córcega nativa. El linaje se dividió entre Venezuela y Cuba, donde al apellido, trocado en Peoli, se había visto muy envuelto en la Conspiración de los Soles de Bolívar, el año 23. Martí a menudo le decía bromeando a Carmita que ella había heredado su temple con esa sangre libertaria. Ella prefería hacerle mimosas ponderaciones de su tierra caliente, "tierra del sol amada", como la había llamado Baralt en verso famoso.

Tales recuerdos contribuyeron no poco a compensar los consejos de Bolet y a aguzar el deseo viejo que Martí tenía de conocer aquella tierra, matriz de América. Ahora, una carta de Carmita a su prima Merced Smith de Hamilton, vagamente emparentada con Guzmán Blanco, le franqueó enseguida ese ambiente afectuoso de hogar que era su remedio de peregrino.

Más que nunca lo necesitaba ahora que nuevos vientos le habían separado del hogar propio. ¿Podría reconstruirlo en Venezuela, hasta que llegase la hora de las graves decisiones patrias? Esta hospitalidad criolla con que le reciben las casas ricas anima sus ilusiones. Pero la imagen de Pepito no le abandona, y mientras Caracas se esfuerza ruidosamente por olvidar, en las pasajeras franquicias del carnaval, la falta de más reales libertades, Martí contempla en su cuarto el retrato del hijo ausente, y prende a la cartulina el ramo de violetas que una dama le ha obsequiado... Toda esa noche la pasa escribiendo sus nostalgias de padre en versos de una ternura matinal: "Principe enano", "Mi caballero", "Mi reyecillo", "Mi despensero"...

Cecilio Acosta le recibió una mañana en su casita "entre Velázquez y Santa Rosalía". Por muchas elogiosas referencias conocía ya al insigne humanista y jurisconsulto, y sabía de su fecunda ejecutoria como estimulador de cultura y formador de conciencias. Acudió a él como un discípulo.

Acosta vivía con una modestia austera. En la amplia estancia, "desnuda de muebles como él de vanidades", una penumbra como de capilla se acentuaba con el débil resplandor de una "mariposa" encendida frente a un altarcillo colonial de hoja doble, con su crucifijo al centro. Entre estantes colmados, algunas estampas religiosas... Después de saludar con cierta beatitud a su visitante, don Cecilio se envolvió en su ancha capa y se acomodó en el sillón frailuno. Era un hombre pequeño, flaco, con una cara rasurada y dulce y una frente altísima. En aquel ambiente, tenía algo de ascético que sorprendió y hasta embarazó un poco a Martí ¿Sería de veras aquel hombre el escritor más egregio de Venezuela, el patrón de la libertad y del progreso que le habían pintado?

Creyó que la visita se quedaría en breve cumplido. Estuvo allí dos horas. Cuando salió a la luz dorada del mediodía, a la visión del Avila, que recortaba su cumbre malva en el marco de una bocacalle lejana, llevaba él también lleno de luz el espíritu. Había tocado, a la vez, cuerpo de sabio y de santo. No recordaba haber conocido nunca otro hombre tan por encima de los usuales niveles humanos. Pensó que se las habría con algún "curioso" rezagado de la colonia retórica y clerical, y halló un ingenio "real", dotado de ancha visión y ancho saber. Su misma ortodoxia religiosa tenía una calidad viril que recordaba la de los viejos patristas. ¡Y qué enérgica fe al hablarle de América! Sólo cuando la conversación rozó la actualidad venezolana, una sombra veló el semblante del maestro; pero se disipó enseguida en el resplandor de una convicción: "Las usurpaciones son dramas pasajeros. La victoria ha de declararse al fin por la fuente del poder... El pueblo triunfará..." Y ni una sola palabra contra el déspota que—Martí lo sabía—le tenía amenazado y reducido a la miseria.

Lo bien que Acosta a su vez pensó de aquel joven cubano tan insinuante y suave en el preguntar, lo fué sabiendo poco a poco la gente de letras de Caracas. Sobre todo los jóvenes universitarios, que acudían a la casita del maestro con una frecuencia y una devoción rituales y también con cierto ánimo tácito de protesta. Acosta los adoctrinaba suavemente en la teoría y en la práctica del liberalismo, y los muchachos salían, por lo común, muy alebrestados contra el Dictador.

Guzmán Blanco, que sabía cuanto pasaba bajo cada techo venezolano, no ignoraba tales incitaciones. Pero el prestigio y el saber de Acosta le imponían aún ciertos respetos. Había tratado de ganárselo por todos los medios. Desairado, quiso herir al maestro en sus vanidades. La Academia Venezolana de Literatura se reorganizó sin que figurara en ella el polígrafo que, con su erudición y su pulcritud vigorosa de lenguaje, había asombrado a los inmortales de la Península.

Hombre de no escasa cultura él mismo y aficionado a todos los lujos, incluso el de las ideas, Guzmán Blanco hubiera apetecido una corte fastuosa de siglo de oro, con él de Presidente Sol. Solía dolerse de que las agitaciones de su vida política le hubiesen apartado de las tareas de la imaginación y de las buenas letras, y sólo le consolaba su fe "en la omnipotencia popular y en la misión que creo llenar de la Providencia, toda vez que no es de mi criterio aceptar en nada la acción de la casualidad".

Este hombre lleno de soberbia política y de respetos teóricos no se atrevía, pues, a ejercer sanciones directas contra Cecilio Acosta por su decoroso apartamiento. Toleraba que sus amigos letrados—hasta el mismo director del diario oficial, Fausto Tedoro Aldrey—visitaran al prócer rebelde, a quien tal vez lograran ablandar. Más de una vez se encontró Martí con ellos en sus propias visitas, y vió desplegarse todas las insinuaciones de la inteligencia cortesana. Pero don Cecilio se impermeabilizaba en ironías "como hombre honrado que debe decir siempre verdad, pero no toda la verdad".

En tales reuniones conocieron también al cubano los jóvenes de promesa. Uno de éstos, andando el tiempo, consignaría su recuerdo de aquel "hombre joven, de continente gallardo y respetable, de mirada penetrante y luminosa, de frente ancha y despejada... y de tal modo comunicativo, franco y atrayente que, recién llegado, fué dueño de voluntades". Su palabra fácil y su imaginación bullidora contrastaban con el hablar algo tartajoso de Acosta, y con su serenidad. Era casi siempre la tertulia un largo diálogo entre aquellos dos arquetipos de dos transiciones literarias: la clásico-romántica y la romántico-modernista. "Sobriedad, sobriedad, sobriedad", recomendaba Acosta a sus discípulos. Pero el cabrilleo de vocablos insólitos con que Martí se expresaba tenía un encanto de novedad lujosa.

Surgió la idea de darle a conocer en una velada literaria. **La Opinión Nacional**, el diario de Aldrey, echó a vuelo todas las campanas de la loa, y tal muchedumbre colmó los salones del Club del Comercio, desbordándose por la plaza contigua, que Martí tuvo que hablar desde un balcón.

Naturalmente, el discurso se inició con un canto a la belleza de las caraqueñas, se demoró en el recuento de las glorias históricas de Venezuela y terminó con el elogio apasionado de la libertad, que aún aguardaba en América su hora de plenitud. Algunos de los oyentes se inquietaron; pero Martí se refería a su propia patria. Acababa de sufrir por ella. Para ella vivía. El poema de 1810 estaba incompleto, y él pensaba ayudar a escribir su última estrofa.

Desde que el General Quesada había estado en Caracas allá por el año 71, organizando veladas y corridas de toros en pro de la causa cubana, ésta tenía allí un ambiente de simpatía en que a menudo se descargaban las ansias locales de libertad. Pero Martí hizo ahora vibrar a los caraqueños con la evocación de Las Guásimas como si se hubiera tratado de las Queseras o de Carabobo. Las señoras se quedaron arrobadas con los madrigales en que había tejido tan lindas alusiones a la flora y a la ornitología del trópico. Y mientras la señora Smith de Hamilton presentaba al orador profusamente, los memorialistas le celebraban en coro su erudición sanguínea, como de un Michelet que le hubiera nacido súbitamente a América, y los hombres de más estricta preocupación literaria discutían vivamente aquel tipo nuevo de oratoria: los verbos viejos, los adjetivos inéditos, la construcción barroca.

Martí también quedó satisfecho. Al día siguiente le escribía su agradecimiento a Jugo Ramírez, uno de los organizadores de la fiesta. Y al director de **La Opinión Nacional**. En esta carta, que el diario hizo pública, hablaba de sus "devaneos y ensueños de futuras proezas", y se explicaba un poco:

De caer vengo, del lado de la honra. Pero perder una batalla no es más que la obligación de ganar otra. A servir modestamente a los hombres me preparo; a andar, con el libro al hombro, por los caminos de la vida nueva; a auxiliar, como soldado humilde, todo brioso y honrado propósito: y a morir de la mano de la libertad, pobre y fieramente.

Mas, por lo pronto, está en Venezuela, y tiene que ganarse la vida. Podrá tal vez enseñar, hacer periodismo. Quisiera lanzar una revista. El discurso en el Club del Comercio ha hecho de él una sensación literaria. Se le discute. En los círculos académicos se tacha su estilo de "amanerado". Viven esos conservadores en la tradición de serenidad y de limpidez clásicas de los Bello y los Baralt. Con Martí ha llegado a Venezuela un tono nuevo que ya alguien llama, sin deliberación histórica, "modernista".

Naturalmente, los jóvenes están por el modernismo. Un grupo de muchachos con entusiasmos literarios le pide a Martí clases de oratoria. Como el cubano gusta del placer generoso de enseñar, varias noches por semana se reune con los jóvenes en el aula grande del colegio de don Guillermo Tell Villegas, y les inicia en los misterios de la antítesis y el apóstrofe. Las lecciones son otras tantas improvisaciones fastuosas. El discípulo Juvenal Anzola recordará mucho tiempo después la sesión en que sirvió de tema el pueblo de Israel. Martí narró con vívidos colores su historia.

Creíamos que no era posible decir cosas más hermosas y poéticas, pero cuando el orador se considera en la cumbre del Monte Nebo y presenta al pueblo israelita y a Moisés contemplando la tierra prometida, su elocuencia fué nueva, sorprendente, y lo sublime parecía poco ante aquel espíritu...

Generalmente, los temas no son tan remotos ni tan apacibles. Por más que Martí se haya percatado ya de que ciertas palabras—libertad, decoro, democracia,—dichas allí y entonces, equivalen a mentar la soga en casa del ahorcado, no siempre puede, ni quiere, reprimirse. Está en Venezuela, y se siente de continuo visitado por las sombras augustas que sus lecturas históricas convocan. Además, hay que ir dándoles lo suyo a aquellas conciencias juveniles que jadean en el aire enrarecido. Aquellos muchachos—Gil Fortoul, Alvarado, Zumeta, Picón Febres, López Méndez, Brito... —son los ciudadanos del mañana, y el hoy les oprime. Todas las noches de clases salen espiritados.

Tanto entusiasmo muestran con el improvisado maestro, que los directores de los colegios "Santa María" y "Villegas" invitan a Martí a ejercer formalmente el profesorado en sus respectivos establecimientos. Ya es una base de sustento para el huésped ilustre. Literatura y francés enseña ahora, y ni estas materias más ceñidas le estorban para seguir insuflando en los jóvenes ideas de libertad.

Si a Acosta se le hace la vista gorda, Martí ya es otra cosa. En los planos oficiales no se ven bien ciertos estímulos. "El Ilustre Americano" tiene sus propias ideas acerca de cómo se ha de redimir a Venezuela, y en su repertorio, la libertad sólo figura a título de teoría. La práctica tiene otras exigencias. A Guzmán Blanco, liberal de filiación y de doctrina, la práctica le ha convertido en un crónico apóstata de sí mismo. Toda su ejecutoria pública ha sido un conflicto entre la norma y la realidad, entre el querer y el hacer. Caudillo de una revolución libertadora, entronizó la dictadura de su partido y, dentro de ella, el gobierno "de un modo absoluto y muy singular". Demócrata de principios, querría para Venezuela un mando popular que se trasmitiese legal y pacíficamente; pero ha ocupado siempre el poder por la revolución, y ha gobernado imperialmente. Progresista, implanta constantes reformas para que las vivan sus sucesores; pero cuando, a virtud de ellas, el país torna a la anarquía, Guzmán Blanco recobra el mando personal y absoluto.

A Martí se le ha deparado la oportunidad de estudiar de cerca un ejemplar excelente del hombre retórico en política: del caudillo fino, empeñado en vestir de galas europeas el cuerpo impetuoso de América. Ahora mismo, recién llegado de un viaje a Europa, ¿no le ha impuesto a Venezuela una Constitución nueva, de traza helvética? Quisiera—ha dicho en un discurso—convertir la presidencia en "un puesto de autoridad moral solamente". Pero, como siempre, la terca realidad no le deja: por la frontera de Colombia se le acaban de entrar unos cuantos generales en son de guerra; el senador Baptista le ha estado dando que hacer en el Senado, y un periodista anda sonsacando la opinión por Maracaibo... El Presidente, con gran dolor teórico, a todos los mete en cintura. Unas semanas después, reina de nuevo la paz asustada en Venezuela, y el Congreso, dócilmente, le prorroga al "Ilustre Americano" las facultades extraordinarias de que ya estaba revestido.

Martí no olvidará estas lecciones de realidad americana. Pero Guzmán Blanco también le está observando a él. Sus contactos con Acosta y con los estudiantes, su aureola de libertador en ciernes, su insistencia en ciertos temas oratorios, empiezan a resultar molestos. El César hubiera preferido con mucho que Martí, como aquel periodista platense que visitara el país años antes, se dejase oír en alguno de los coros oficiales. Pero el cubano no ha pasado de escribir algún que otro artículo muy desentendido y señero para **La Opinión Nacional,** y eso, a instancias tenaces de Fausto Teodoro Aldrey, que es un cumplido caballero y un generoso amigo.

En cambio, sigue visitando asiduamente a Cecilio Acosta, cuya salud se ha quebrantado mucho. A pesar de que sólo tiene cincuenta años, el maestro se va acabando a ojos vistas. Dos mariposas arden ya frente al altarcillo. El Arzobispo acude frecuentemente a la cabecera, husmeando el tránsito del siervo egregio de la Iglesia. Llegan también masones circunspectos, académicos, estudiantes, antiguos godos, musitadores de la inconformidad política... En torne al lecho se hacen, a veces, los más embarazados silencios.

¡Cómo ha de extrañar Venezuela esta gran voz que se apaga! Tan necesitado anda el país de una coordinación espiritual, de un terreno común de concordia entre los hombres honrados, que Martí ha decidido proveer a la necesidad con una revista literaria, pero no retórica; una revista a la que él pueda comunicar cierta neutralidad de extranjero, junto con su fervor americano. Y ya ha anunciado la aparición de la **Revista Venezolana,** "a toda pasión doméstica y caso de debate interno decorosamente ajena".

En el primer número, que sale el 1º de julio, publica Martí una semblanza del prócer de la Independencia Miguel Peña. "Honrar honra", escribe el cubano, y nunca más oportuna esa apología del bravo patricio que ahora que su ciudad natal de Valencia se dispone a inaugurarle una estatua. Con ese motivo, se preparan grandes fiestas, y el mismo Guzmán Blanco ha emprendido viaje allá con gran séquito de palaciegos.

Caracas lee, entre tanto, con mucha complacencia la descripción cálida y justiciera de "aquella vida que comienza en monte y termina en llano". Martí, a quien el tiempo le ha sido poco durante estos meses para las lecturas americanas, evoca el turbulento período de formación de las repúblicas andinas con un dominio de hechos y un vigor de presentación insuperables. La imagen de Peña se mueve en esas páginas con toda su talla histórica y su ocasional pequeñez humana. Es una semblanza perfecta. ¡Y en qué lenguaje! La prosa, algo ácida todavía, de Guatemala, le ha madurado ya. Se ha enriquecido de las "imágenes gráficas y osadas" y las "palabras precisas y nervudas" que al propio Peña le celebraba.

Ni una palabra en esas páginas para

el 'Ilustre Americano" que andaba por Valencia haciendo discursos y recogiendo vítores.

El día 8 de julio murió Cecilio Acosta. Fué hondo y medroso el duelo de Caracas por el sabio que no había sabido adular. Casi listo ya para la imprenta el segundo número de la **Revista**, escribe Martí, con destino al mismo, una semblanza majestuosa del gran ingenio. Si el elogio de Peña había revelado su entusiasmo por el americano de acción y de pasión, el de Acosta no tasa su reverencia hacia el americano de pensamiento ejemplar. Como si cada uno de esos próceres representara una mitad de su propio espíritu, pone mucho de sí mismo en la caracterización de ellos. "Todo pensador enérgico—confiesa—se sorprenderá y quedará cautivo y afligido viendo en la obra de Acosta sus mismos osados pensamientos". Acaso por este parentesco espiritual, el juicio resultó de una penetración y plenitud imponentes.

Demasiado se percató de esa compenetración el sumo censor oficial. En alguna pausa del regreso de Valencia, Guzmán Blanco debió de analizar foscamente el retrato de su enemigo por aquella pluma esquiva. ¿Qué mejor momento para tomar una medida secundaria, de sanidad interior? Martí sobra ya en Venezuela. Quien ha osado escribir que Cecilio Acosta, el más disfrazado de los "demoledores", era "de los que quedan despiertos cuando todo se reclina a dormir sobre la tierra"; quien al eterno inconforme le celebra, aunque sea en lo intelectual, "aquella independencia provechosa, que no le hacía siervo, sino dueño"; quien de tal modo enaltece al hombre que él, Guzmán Blanco, se empeñó en oscurecer, no resulta menos inconveniente que el difunto. Y ¿quién es, además, este sublimador de rebeldes? Un aventurero de la política y de las letras, un extranjero que se permite el lujo de adoptar actitudes libertarias!

El Ilustre Americano formó su resolución y la hizo llegar a su destino. Todavía se le encontraría indulgente si Martí, en el próximo número de su **Revista**, se mostraba atento a la gloria del Regenerador. Si no...—de la Guayra salía esa semana un vapor para el Norte.

———

Caracas, 27 de julio de 1881

A Fausto Teodoro de Aldrey.

Amigo mío:

Mañana dejo a Venezuela y me vuelvo camino de Nueva York. Con tal premura he resuelto este viaje, que ni el tiempo me alcanza a estrechar, antes de irme, las manos nobles que en esta ciudad se me han tendido,..

..Muy hidalgos corazones he sentido latir en esta tierra; vehementemente pago sus cariños; sus goces, me serán recreo; sus esperanzas, plácemes; sus penas, angustia; cuando se tienen los ojos fijos en lo alto, ni zarzas ni guijarros distraen al viajero en su camino: los ideales enérgicos y las consagraciones fervientes no se merman en un ánimo sincero por las contrariedades de la vida. De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro, ésta es la cuna; ni hay para labios dulces copa amarga; ni el áspid muerde en pechos varoniles; ni de su cuna reniegan hijos fieles. Deme Venezuela en qué servirla: ella tiene en mí un hijo.

....

Jorge Mañach

Tres visitas a la Cuarta Exposición de Artes Plásticas

= *Envío del autor* =

PRIMERA VISITA

Hace un año la Tercera Exposición de Artes Plásticas florecía promesas: Prometía Teodorico Quirós cuya versatilidad casi pasmaba; prometía Manuel de la Cruz González con el don de los oros solares que había descubierto en rincones del Guanacaste; prometía Gonzalo Morales, pintor de ingenuas chicas descalzas, soñador de luces opalinas, empeñado, al parecer, en crear él mismo otra luz que la del sol, empeño digno de un dios; prometía F. Zúñiga, esplendoroso con esplendores sorollescos que eran casi realización; y hubimos quienes celebramos esas promesas, llenos de entusiasmo sincero. Con igual sinceridad debemos decir hoy que la Cuarta Exposición, en cuanto a pintura se refiere, crea dudas dolorosas. Los pintores han tomado poco a conciencia su arte: Muy a pecho, quizás, pero poco a conciencia. Apenas hay un cuadro que no sea literatura: Ya diremos cuál. Y mientras hace un año era fácil separar lo francamente horrible de lo prometedor de belleza, hoy lo horrible se ha diluído en todo el salón y la disociación es punto menos que imposible.

No se trata de equivocada técnica, de dibujo inseguro, de ensayo de colorido que no haya resultado por inexperiencia del artista. Estas cosas, claro, abundan, pero son fáciles de perdonar, porque tienen remedio. No: De lo que se trata es de algo grave: De la falta de contenido artístico en tela tras tela; vacuidad espantosa; y hasta mal gusto sin justificación imaginable.

Tomemos, por ejemplo, el cuadro número 124, **Decoración para un muro**. Ocupa lo mejor del salón, y es como discurso que llenara una hora de velada para decirnos bonituras ramplonas. Quico ha tenido pereza para pensar. ¿O incapacidad? Facilidad nada común para evocar la escena campestre: La carretica, los bueyecicos, las muchachas y los mozos, la recogida del café, el descanso, y ¡claro! la joven madre que le da de mamar al rorro bajo un árbol—todo como lo haría, en cualquiera improvisación verbal, Licho Dobles Segreda. Pero, así como en la improvisación de Licho sobrarían las palabras y faltarían el pensamiento auténtico y la valía literaria, por sonoros que fueran los períodos, así ni más ni menos, resultan los primores de la larga tela de Quico. A Quico, como a Licho, es preciso decirle que su peor enemigo es la facilidad para improvisar. Como sin esfuerzo pueden pintar, o decir, cosas agradables para el vulgo, descuidan el austero culto de la belleza verdadera. Apenas una de las telas de las que el pintor entusiasta exhibe ahora conserva intacta la promesa que hace un año se advertía en él: El **Paisaje,** cuadro número 139.

Zúñiga ha apostatado del sol, y he aquí que con el sol se le ha ido el aire: En el cuadro número 116—**Paisaje: El Higuerón**—uno se asfixia. En el 115—**Bodegón**—hallamos la clave de su pecado. Zúñiga, queriendo, quizás, huir de repetir en Costa Rica la luminosidad valenciana que tántos aplausos le ganó,—honradamente avergonzado de que se le aplaudiera por eso,—y ávido de hallarse a sí mismo y decir su decir propio que no repetir lo de Sorolla, se ha encontrado mudo, como si dijésemos, y se ha puesto a hacer esas cosas sin tono, sin voz, ¡sin música!, que son los *posters* yanquis. En el cuadro número 117—**La maceta**—las "lenguas de diablo" parecieran cantar. Se mueven de la maceta en lírica ondulación los gráciles tallos y prorrumpen en roja sonoridad de pitos báquicos, pero seguimos con el ojo la curva de sus líneas y no completamos la vuelta, porque la mesa—o lo que sea el chunche sobre que descansa la maceta—es una plasta sin valor, un manchón, que lo estropea todo.

El mismo afán "posteril" echa a perder tela tras tela de Manuel de la Cruz, en los cuadros números, 87, 88—**Retratos de E. S. y de C. R.**—y sobre todo el 90,—**La de la mantilla,**—que es como para anuncio, en imitación zuloaguesca, de almacén yanqui. En sus desnudos la horribilidad llega al colmo. He aquí un muchacho en quien el buen gusto parece haberse definitivamente pervertido. Esos desnudos—y no por ser desnudos, ¡oh Afrodita eterna!, sino por mal dibujados y pintados, por mal concebidos y peor ejecutados,—afean la Cuarta Exposición tanto como hace un año los oros guanacastecos de esa misma paleta le prestaban a la Tercera belleza nada escasa. Y no son bastante para barrer ese horror ni el noble viento que sopla doblando árboles sin troncharlos en el **Paisaje en San Ignacio** (cuadro número 80) ni el sol verídico que alumbra y dora el **Paisaje en Escasú**, el **Paisaje en San Antonio de los Desamparados** y el **Trapiche** (cuadros números 82, 83 y 84).

Un desnudo, más feo, si se quiere, que los dos de Manuel de la Cruz—¿será posible?—desilusiona en Morales (**Estrella,** —cuadro número 31). En **Carmen** (cuadro número 29) está el Morales del año pasado, de manera que es posible establecer una comparación directa con el de este año. Ha progresado, pero a costa de abandonar lo que nos parecía su admirable propósito. Olvidemos el desnudo carente de toda gracia, con su brazo izquierdo como enfermo de parálisis infantil y su pierna derecha abominablemente pintada. Fijémonos sólo en los retratos de **Yolanda** (cuadros números 30 y 34) y lamentemos una cosa y celebremos dos: Lamentemos que haya abandonado el afán de crear la luz, y cele-

bremos que dibuje mejor de lo que era de esperarse en tan corto tiempo,—¡el arte es largo!,—y a criatura tan linda. Advirtamos también que la única nota clásica en toda la exposición la da él: En el cuadro 34, donde algo se advierte —bueno si adrede, ¡mejor si inopinado! —de cepa a la vez rafaelesca y giorgionesca.

El cuadro excepcional, el que es toda una realización artística, es el número 103—**Paisaje en Cartago**—de Dairene Vanston. ¡Eso es pintar! No hay centímetro cuadrado en toda la tela que no revele esmero pictórico. Casi peca de demasiado intelectual—¿o es que los pintores pueden hacer arte sin pensar?—Como los **études** de Chopin, en que la maestría y el contenido mental casi abruman; no del mismo estilo pero sí con el mismo empeño de dominio perfecto de la perspectiva que fatiga la mente en Uccello; más cerca aún de la honda preocupación cerebral de Cézanne, así esta tela de Dairene, novedosa en su geometría y armoniosa como toda geometría bien fundada, bella en la osada armonización de verdes y azules y rosados y grises y celestes y blancos y rojos de sangre. El ojo se pasea allí sin hallar punto sin significación, y se recrea la mente como cuando se lee poema en el que no hay ni un solo ripio. Nada es aquí improvisado, nada hay que no haya sido evidentemente pensado y vuelto a pensar y pensado una vez más: Dos cordilleras de montañas, un camino, una corriente de agua, un edificio austero, una yunta de bueyes de cuernos claros que forman y duplican el corazón del cuadro, una carreta que halan, unas casas con ventanas, y un árbol sin ramaje uno de cuyos alzados muñones ha comenzado a retoñar ¡Ah, y el cielo! Son cosas bien comunes. Pero la escena toda está encantada: Las montañas son nuestras; el cielo es ese cielo que en Cartago se pone tan espeso y se mueve con tan biliosa alegría; por el borde del camino viene cantando el agua y espumándose; las casas son sencillas y buenas y sólidas y medianas y tienen tristeza de estar limpias, vestiditas de color, y vacías, como niñas de provincia para quienes— ¡y tánta tarde que lo esperan!—no llega el amor. ¿Entendéis por qué los bueyes parecen venir en trote de danza? El corazón, que no el esfuerzo, les ha puesto resaltadas las costillas; el corazón les guía las delicadas patas. ¿Habéis visto mozalbetes que no pueden casarse,—que tienen que halar carreta,—pero que son, para eso de fiestas, como si ya le tuviesen puesta la casa a la novia? La gente habla y habla, lo mismo frente a un cuadro que en un concierto, y se hace difícil pensar. La Cuarta Exposición ha atraído a mucha gente. Frente al cuadro de Dairene hay quien ríe. Voz de mujer dice de él que "parece pesadilla". Y tiene razón. Hay amargura en este cuadro. ¡Es mentalmente vivido! Es un sueño claro y pesado. ¿Qué otra cosa es el arte? ¿Y qué otra tela hay en el **foyer "pompier"** del Teatro Nacional de la que se pueda decir "parece un sueño" grato o ingrato?

Del jurado calificador conozco sólo a dos miembros, al licenciado don Alejandro Alvarado Quirós y a Quico su sobrino. Quico quién sabe cómo votará. Don Alejandrito tal vez no quiera otorgarle el primer premio a Dairene Vanston. ¿Hace cuántos años que estuvo él en París? Es más fácil olvidar el arte que el álgebra. Y cuando no se ha estudiado ni una ni otra cosa, ¿no habrá peligro de equivocarse, y confundir, digamos, las altas matemáticas con la contabilidad de los grandes bancos—lo de Einstein, por ejemplo, con lo de Mr. Mellon—y la pintura verdadera con la retórica pictórica? Pero Don Alejandrito suele darnos grandes sorpresas: Suele, con toda la suavidad de su manera, demostrar una casi revolucionaria tendencia que lo hace ser uno de los tres más sensitivos y justos apreciadores de lo bello a quienes he conocido en Costa Rica; y de repente Don Alejandrito se da cuenta de que si Elie Faure y Roger Fry, Picasso y Chirico y Diego Rivera y Yela Gunther fuesen este jurado, su voto unánime sería para el cuadro de Dairene. El hecho de que a Dairene apenas se le mencione,—si sólo mención obtiene,—nos indicará cuán lejos estamos, en Costa Rica, de Yela Gunther, de Diego Rivera, Chirico, Picasso, Roger Fry y Elie Faure. Y es lástima.

Me queda sólo una palabra que decir. Después del cuadro de Dairene lo que más atrae, a mi juicio, en la Cuarta Exposición, es lo que exhibe Irma Peralta: Tres óleos llenos de vivacidad extraordinaria, elocuentísimos en lo que prometen, despertadores de inquietud, ricos en preciosas sugerencias de composición y de colorido.

Hay voces que se quejan del demasiado elogio que se hace de nuestros pintores. Posiblemente esas mismas voces fatigadas de "bombo", se quejen también—y si no ellas, otras voces—de que yo suene los timbales al revés. Ojalá nada de esto preocupe a los pintores. En el desarrollo del ser humano hay una edad de mucha belleza, la niñez, y otra que a veces es también bella, la de la plena juventud. Entre la niñez y el florecimiento de la adolescencia suele haber una época, un período, de trastorno de lo bello: "La edad ingrata", que dicen, cuando se cambian los dientes, cuando se cambia la voz. Cleopatra misma pasó por esos años, sin duda, y a Helena sólo el ser hija del Cronida la habrá salvado de la misma suerte. El arte pictórico de Costa Rica, tan en su infancia y tan bello el año pasado, quizás ahora desconsuele sólo por causa de fenómeno semejante al biológico que hemos puesto de analogía. Ojalá eso sea lo que a Quico y a Zúñiga y a Manuel de la Cruz les está pasando en su arte. En Morales, ya apunta una especie de **beauté du diable**, en que abundan **Carmen y Yolanda, Yolanda** sobre todo. Artista hecha y derecha, sólo Dairene.

SEGUNDA VISITA

Bien distintos estos pintores todos: Quico, y Zúñiga, y Manuel de la Cruz, y Morales. Tratamos, en segunda visita a la Cuarta Exposición de Artes Plásticas, de adivinar qué los mueve a cada uno, de dónde vienen y hacia dónde van. El esfuerzo nos fatiga y para descansar salimos del **foyer** al corredor y nos recreamos con lo que los chiquillos de la Escuela Maternal han hecho: Fundamentalmente nos parece, a primera vista, que no se diferencia su obra de la de los grandes: Estos con mejor letra, aquellos con garabatos, dicen la misma cosa: El sentido ha aprendido formas, colores, y, luego, la mano se ha puesto a componer colores y formas en un ánimo de "¡a ver qué sale!"

No enteramente así. Criatura de tres años, llena la cabecita, sin duda, de los cuentos que Carmen Lyra le habrá con-

tado, se ha puesto a hacer el retrato de **Tatica Dios en el Cielo:** En un enredo de curvas y quebradas parece adivinarse figura antropoide: Por la figura se ha de deducir la índole del Ser: No logró más Santo Tomás de Aquinas, excepto, quizás, desenmarañar un poquito la teología, y se comprende cómo, faltándole ya poco para darle fin a la **Summa,** una mañana, después de comulgar, tapase su tintero, apartase de sí la pluma, y no escribiese más.

Clara, armoniosa, infinita, hondamente, —como en visión de éxtasis después de comulgar en santidad,—este muchachito, descalzo y piojoso quizás, **ha visto** a Tatica Dios. Quiere perpetuar la visión, y he aquí lo que le ha resultado. Así Safo vio el amor, y nos queda de ello un fragmento como un garabato de lápiz infantil. Así Platón, en el cerúleo de su divina mente, vio el Paradigma de la justicia, y escribió—garabatos también—las páginas más brillantes de la **República:** ¿En qué superan el teólogo, el poeta, el filósofo, a este cándido pintorzuelo? En cambio, como el pintorzuelo—por razón de idéntica experiencia y de idéntico fracaso—se ha hermanado con Santo Tomás, con Platón y con Safo, se eleva sobre todos los demás que este año han expuesto en Costa Rica. El verso de Darío surge límpido y empapado en lágrimas de entre la maraña del dibujo. ¡Oh dolor de toda lucha de lo finito con lo infinito! ¿Será otra cosa el Arte? Mejor técnica tendrán los del **foyer:** ¿Superarán por eso al niño que tuvo—no lo dudéis un instante—visión perfecta de Dios, y dijo su visión? De Tolstoy creo que se cuenta que tenía tan endiablada la letra que sólo Dios y él sabían, a veces, qué había escrito, y, pasado algún tiempo, sólo Dios. ¡Juzgaremos a Spencer,—el Spencer de los cuadernos de escritura,—artista superior a Tolstoy?

Meditando estas cosas nos hemos reposado y volvemos al **foyer.** ¿Qué han visto y qué anhelado perpetuar estos pintores? Sorprende en todos ellos la carencia de senido místico. Les falta también sentimiento de eternidad. Estos pintores,—se dice uno,—no creen en nada. ¿Creerán en sí mismos? No es fea la letra, no, excepto en los desnudos, pero, ¿qué dice? Leemos y volvemos a leer. En **La de la mantilla** como que se ha querido ahondar en el arcano de unos ojos. Sobre el fondo oscuro del cuadro brillan, lejanas, unas luces: Lejana, lejana, va procesión de Cristo con la cruz a cuestas: La firma del pintor, en bermellón chillante, apaga la visión. Manuel de la Cruz tiene una **Cabeza de Cristo**—cuadro número 77—que pierde mucho porque donde está colocada se funden sus colores en una masa casi informe. Llevado cerca de la ventana, el pequeño lienzo asombra con bondades antes no advertidas. Hay dolor en ese rostro, hay agonía: Casi hay divinidad.

En Zúñiga no falta tampoco un reprimido, y hasta quizás inconsciente, sentido místico. En **Labor** hay reminiscencia del **Angelus** y de **Las espigadoras** de Millet, reminiscencia formal que se acentúa por lo que el cuadro del costarricense tiene de misticismo, que por esta tela, como por las del francés, pareciera que ha pasado ángel en invisible vuelo.

Morales, que pudiera ser,—se podría quizás decir **que debiera ser,**—el místico del grupo, es el que más escondido, el que menos evidente, tiene el misticismo que se le adivina, que se le desea. Apenas, en el retrato pequeño de **Yolanda** —que nos enamora mientras más le vemos—podría uno imaginarse que es el llamado del amor lo que ha hecho volverse el bello rostro rafaelesco. Hay abundancia de retratos en la Exposición: Todos, menos éste, han sido **posados.** En todos, los modelos y las modelos se pusieron a que los retratasen. Hasta la linda **Chanita**—cuadro número 126—de Quico. En este de **Yolanda,** en cambio, se ha captado, sin evidencia de **pose,** lo más efímero que hay, la expresión de niña sensitiva a quien se ha llamado, en el instante de un segundo en que vuelve el rostro en atención. En el **Concierto** de Giorgione eso tienen las caras de los músicos: Estaban tocando, algo de Galupi, quizás, cuando aquel para quien tocaban los llamó, y el pintor cogió al vuelo la fugaz expresión de atención que pusieron esos rostros. En la **Anunciación** de Dante Gabriel Rossetti el ángel ya ha dicho su mensaje y la doncella se ha quedado revolviendo en su corazón el hondo misterio. ¿Quién ha pintado el rostro de María en el instante mismo cuando el ángel dijo **Ave** y ella volvió a él los ojos? En esta tela ese instante está pintado con admirable felicidad, sólo que no es ángel el que llama ni es María la llamada. ¡Que lo fueran! Porque no lo son, pudiendo serlo, hasta dan ganas de llorar.

TERCERA VISITA

Una tercera visita me revela que en estos pintores ha influído demasiado el patriotismo ávido de turismo que la crisis ha despertado en el país. El lienzo largo de Quico tiene alma de eso, y cuando se lo decimos a él, el pintor pone ojos de chiquillo sorprendido en zanganada pueril y se echa a reír. A juzgar por estas telas, no es mentor intelectual de los pintores, ni siquiera su conocido, un Jorge Volio, un Octavio Jiménez, un García Monge o una Carmen Lyra,—valores directivos que, de lejos, se figura uno que influyen en la vida mental de este país. Estos pintores son sin preocupaciones culturales de hondura, y están al nivel, más bien, de la ideología de los editoriales de don Modesto Martínez en el **Diario de Costa Rica.** Tela tras tela de éstas podría llamarse bárbaramente **Glorificando el paisaje costarricense.** Mucho de esto había, pero menos visible, el año pasado. Tela tras tela de éstas podría servir de **réclame** del **Mountain Resort** que se ha inventado, para atraer yanquis a su finca, el Dr. Mariano Valenzuela. Quico, en el cuadro número 139, que es lo mejor que este año ha presentado, ha logrado dar, en paisaje de Costa Rica, sensación enteramente suiza. "Sólo le falta",—nos dice el diablillo de Manuel de la Cruz,—"una vaca con esquila al cuello".

Pero también han hecho un loable esfuerzo por descubrir y depurar la geometría del paisaje de Costa Rica. Ya esto es significación y propósito bastante para producir gran pintura. Al **Diario de Costa Rica,** con su sentido de **real-estate** promotion yanqui, sólo le interesa la "glorificación". El cuadro de Quico en que la "glorificación" vence todo afán de desentrañar la verdadera cara del paisaje nuestro, lo ha comprado un norteamericano, como era lógico. Con su paleta y sus brochas Quico habla inglés de Miami, y con el yanqui se ha entendido a las mil maravillas. Quien habla en puro tico es Dairene. Ella es quien con mayor aplomo ha descubierto el color y la forma de la meseta central, y, naturalmente,—aunque por casualidad de colocación,—ocupa el centro entre Manuel de la Cruz y Zúñiga. Mírese bien su tela magistral: Fíjese uno en el color y en la línea que sobre el cielo traza la montaña del fondo: Luego véase la montaña del fondo del cuadro **número 84 de** Manuel de la Cruz y las de los cuadros números 114 y 116 de Zúñiga. Estos pintores se han puesto a pintar paisajes diversos; no se han enseñado sus cuadros hasta tenerlos terminados y colgados en la Exposición: ¡Pero qué unanimidad de visión! Casi hay uniformidad La admirable justeza de la visión de Costa Rica que tiene Dairene, la comprueban y la exaltan, la celebran y la admiran duplicándola, aunque en colores menos vivos, Zúñiga y Manuel de la Cruz.

Pero no será de Dairene el primer premio. Para que lo fuera sería preciso que supiéramos ver cuadros y apreciarlos. Y aquí quiero hacer confesión pública de ceguera propia: He pasado veinte o más veces frente al cuadro número 66—**La niña,** de Humberto Castro Saborío—sin reparar hasta en esta tercera visita en lo admirablemente pintada que está esta cara. Pintada, que no dibujada y luego sombreada de color. Pintada honrada y honestamente, sin trucos de bordes oscuros en las facciones y en la figura para hacerlas resaltar. Esta cara, desde que me he puesto a mirarla, me recuerda, por lo bien pintada, a la de la **Santa Catarina** de Lorenzetti que según mi amigo, el eminente crítico Walter Pach, es la tela mejor pintada que hay en el Museo Metropolitano de Nueva York.

Salomón de la Selva

San José, 13, 14 y 15 de octubre del 1932.

Poemas criollos

= Del cuaderno *Agueibana*. Puerto Rico. 1932 =

LA COPLA

A Emilio R. Delgado

Sabana:
ya te había olvidado,
y hoy te hallé,—inesperada—
en la hamaca
de un amable recuerdo.

Ya no más era humo
tu matorral en mi pecho;
tu camino—rabiza
olvidada en el suelo.

Pero hoy apareciste
con tu muchacha descalza
y tu mula sin pienso;
tu bohío pajizo
y tu jíbaro haraposo y anémico;
tu horizonte confuso
de pasto y de cielo...

Sabana:
Por ti debió pasar el indio
a quien atajó libertad el Descubrimiento.
Por ti el conquistador hermoso
atareada la testa de sueños...
Pero ¡ah!
ya no más eres eso...
Un puñadito de pasto
y otro
puñadito de cielo...

Sólo la copla te sube del suelo...

La copla
—hamaca de dulce recuerdo.

AGUEIBANA

A J. Enamorado Cuesta

Agueibana—monte aborigen—
tronco de ausubo—
río suelto era su corazón.
Bajo las noches claveteadas de estrellas,
sus labios ponían besos de canción en los encajes
de luna del taparrabos de Borinquen—novia piel-roja.
Y, allá, por la tala colorida de la aurora,
sembradío de pájaros,
Agueibana,—corazón de río suelto—
se echaba al mar de puñetazos de espuma.
¡Mentira parecía que naciera una tierra
para sembrar con picotas de ensueño
tamaña libertad!
Y, como toda dicha tiene el tiempo partido en la distancia,
por ese mismo océano,
haciéndose la ruta,
vinieron unos hombres a quitarle la patria.
Monte aborigen sintió que le taladraban las carnes
con cuentas de colores.
Tronco de ausubo vió que le arrancaban astilla
por espejitos tontos.
Y bajo la noche taladrada de estrellas
sus labios no ponían besos de canción.
en los encajes de luna
de Borinquen—novia piel-roja.
Y, adentro, en las vírgenes selvas de su pecho
le saltó el corazón—jaguar dormido.
Ejércitos de flechas—ferrocarriles de muerte—
y artificio de balas,
midieron, a cuartillos de sangre, las dos razas.
Ausculta, Puerto Rico, a tu jaguar dormido.
A filo de machete es que hay que hacer la patria.
A cuartillos de sangre hay que medir la raza.
Ellos cantan ahora...
Y adentro, en nuestro pecho,
aún en trance de vida,
monte aborígen—tronco de ausubo—
rebelde aún, Agueibana.

CRIOLLA

Criolla:
Déjame oír mi copla en tu boca
—manantial de besos—
y sentir mi tiple
que es calandria sonora
en la morena
enramada de tus brazos
—a veces ríos de amor
por donde mis ansias navegan
o que inundan mis predios
de deseo,
fertilizándolos.
En tus dientes
he conocido el sabor del coco
—carne de gloria—seno de la palmera,
sabroso como el tuyo, cuya gramática
me ha enseñado
a deletrear los placeres.
También se puede ser Dios
y besar las estrellas
subido por escaleras de caricias
a la constelación de tus pupilas.
Jugaré a cara o cruz el corazón
en el aseado batey
de las palmas de tus manos,
saboreando los bananitos de tus dedos
o subiendo con ellos
hasta tus dientes
que pueden ser también guamá coposo.
Pero ya estoy de nuevo en tu boca
—manantial de besos—
y he querido oír mi copla en tus labios
bajo el bohío negro de tu cabellera,
sintiendo el tiple de mi pasión
entre la enramada trigueña de tus brazos.
Oír cosas de esas que tienen varitas mágicas,
y de esas que cuentan
de una vez que vino un Hombre
para salvar el mundo
y el mundo inventó para El un árbol.
Oír de nuestros campos,
en donde recostamos
los muñecos de cariño
que se nos mueren
y que después nos salen en el recuerdo,
enteritos como la realidad
y como tú, ahora.
Quiero oír de esas cosas
antes que recuerde que tienes seno
y boca
—manantial de besos—
Ahora, criolla,
que después será a caballito,
y no tendremos tiempo
ni para el tiempo.
Va a obscurecer, y, la noche
—jinete negro—
viene calzando estrellas
y restregando foetes de relámpagos.
El cafetal emigra con la noche...
Criolla:
ya sólo me queda un cuerpo blando, dúctil, delicioso;
ya sólo me queda tu voz hecha no sé qué tristeza;
ya sólo me quedan tus pupilas...
Y me acuerdo que tienes boca
—manantial de besos—
y que soy el tiple romántico
en la enramada trigueña de tus brazos.

PRADERA

A Reinaldo Silva

Pradera—cielo inverso—
tu horizonte es un ángel con las alas abiertas.
La lluvia es la tintura que te tiñe el cabello.
El río pintor se lleva la visión de tus hierbas.

El río pintor... Río
fabril y agrario
que hace la más hermosa
edición de tus pastos.

Pradera salpicada de reses
—miniatura de pampa
—estepa verdecida—
Pradera—pantalla de las nubes—
70 veces siete cuerdas de cariño ya he andado
y aún no tengo tu justa dimensión en el pecho!

Si a la otra pradera
—la de arriba!—
brinda estrellas,
lunas, soles,
Primavera,
á ti te rinde mariposas y flores...
Y te decora un simple aire de égloga, la tarde,
donde sube el incienso de una copla lejana,
y ella viene, liviana como el aire,
íntima como los olores de casa

Y te cubre la noche
—cielo inverso—pradera—
con una lluvia obscura de misterio,
para sacarte al día,
más limpia, más hermosa, más extensa,
para que yo te cante este poema.

POEMA DE UN LADO DE LA COSECHA

A Paniagua Serracanto

Flota en el aire del campo
un agostino olor a café uva.
Acróbatas de una aviación al natural,
los pájaros,
se ejercitan en el andamiaje del panorama.
Y algo que no se sabe si es canción
o si es quejido
aúpa su voz,
como el humo de una antorcha de tabonuco,
sobre la agrícola conflagración
de fruta y hoja del cafetal.
Bestias disfrazadas de hombres,
los jíbaros,
llevan seis almudes sobre sus espaldas
como si fueran cien años.
(Ellos,
a quienes derriba,
tan pronto,
la anemia).
Café para la hacienda
múcaro ampliado en mecánica.
Café
oro para el Banco de Soller,
mazamorra y uncinariasis
en los pies, en la sangre, y en el alma del jíbaro.
Y, a las 6 p. m.
cuando el día se cae por la loma del crepúsculo,
a la orilla del embudo se ve:
el hábil escamoteo del hacendado extranjero,
la sonrisa vergonzante del capataz criollo,
y la cara de dura y eficaz melancolía del peón
Tal esas caras que labraban en los vientres de coco, los indios.

Juan Antonio Corretjer

San Juan, Agosto a noviembre de 1930.

Don Andrés Bello y el Derecho Internacional

= De *El Mercurio*. Santiago de Chile =

En 1932 se cumplen cien años desde que, por primera vez, fuera publicada en Santiago de Chile la obra que, con el título de "Principios de Derecho de Gentes", escribió don Andrés Bello, y es justo conmemorar este aniversario.

La personalidad de Bello, en más de 80 años de vida fecunda, abarca un campo tan extenso y variado que se hace difícil para sus biógrafos analizarla cumplidamente. Humanista de gran vigor, su Gramática es espejo de erudición. Poeta, sus estrofas son aprendidas de memoria en las escuelas de Sud América. Investigador, sus estudios sobre historia americana del siglo xviii y mitad del siglo xix acusan un espíritu de profundidad pocas veces alcanzado. Crítico, sus estudios sobre literatura europea admiten comparación con los mejores trabajos de los grandes ingenios. Conocedor a fondo del derecho, su Código Civil de Chile lo pone a la cabeza de los jurisconsultos y legisladores de la América Latina.

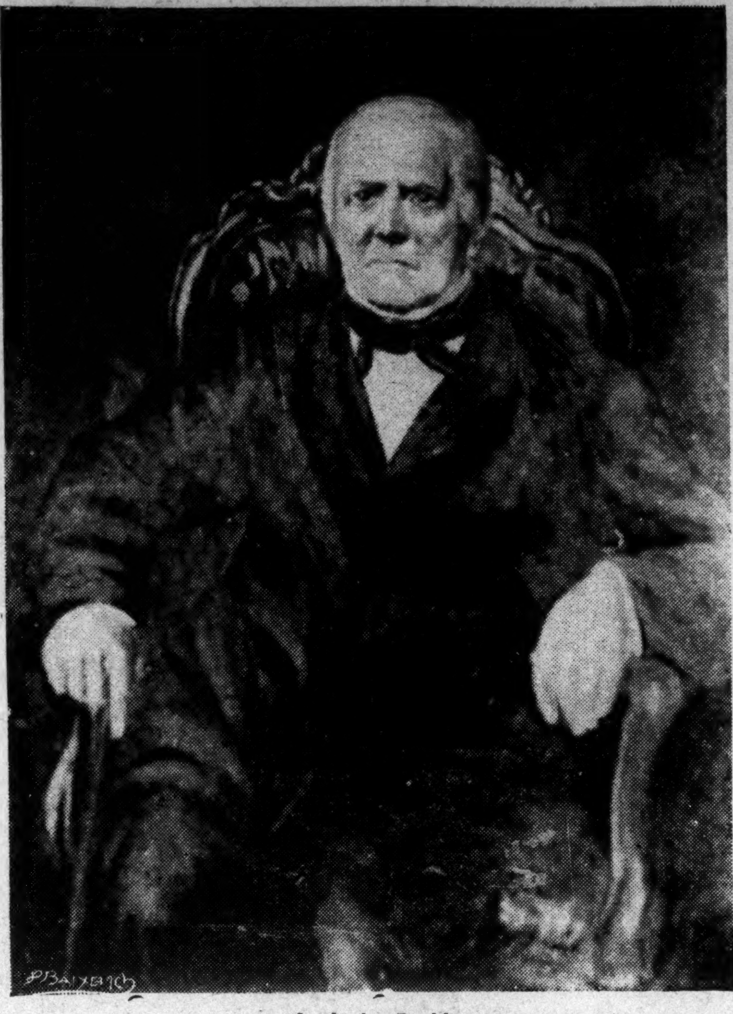
Llegado a Chile, estableció un colegio que fué la base de nuestra moderna Universidad, creada en 1842. Bello fué Rector del establecimiento durante el resto de su vida, que se extinguió el año 1865 en medio del respetuoso pesar de todo el Continente.

Organizó el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, en calidad de Oficial Mayor, para cuyo cargo fuera contratado, en 1827, por el Ministro de Chile en Londres, don Mariano Egaña. En oficio dirigido por Egaña al Ministerio, decía que: "Bello está dotado de educación escogida y clásica, profundos conocimientos en literatura, dominio completo de las lenguas principales antiguas y modernas y un buen carácter a que da bastante realce la modestia".

La obra de Bello en el Ministerio de Relaciones Exteriores fué fecunda y perdurable. Dirigió, en realidad, la política internacional de Chile en esos años de formación de la República y siempre fué inspirado por un consciente pensamiento de confraternidad continental.

Fué autor de la disposición incorporada en nuestros primeros convenios internacionales, según la cual Chile se reservaba el derecho de conceder a los demás países de América Latina condiciones superiores a las de la cláusula de nación más favorecida. Con razón se ha dado a esa reserva el nombre de "Cláusula Bello".

Entre las obras más notables del ilustre Bello se destacan sus "Principios de Derecho de Gentes", exposición analítica brillante de las doctrinas y prácticas jurídicas internacionales, que bastaría por sí sola para hacer el renombre del publicista.



Andrés Bello
Oleo de *Arturo Lamarca Bello*

El prólogo de la primera edición, publicada en 1832, contiene la siguiente frase: "Mi ambición quedaría satisfecha si mi obra fuese de alguna utilidad a la juventud de los nuevos Estados Americanos en el cultivo de una ciencia que, si antes pudo desatenderse impunemente, es ahora de la más alta importancia para la defensa y vindicación de nuestros derechos nacionales".

La modestia de que hablaba el Ministro Egaña en el oficio que hemos recordado, está retratada en la declaración transcrita. En realidad, la obra de Bello no solamente prestó grandes servicios a la juventud estudiosa sino que fué, y continúa siendo, indispensable para las Cancillerías y hombres públicos que tienen a su cargo la dirección de los negocios internacionales de las colectividades políticas. Traducida a diversas lenguas, las enseñanzas que contiene son citadas constantemente por los tratadistas de esta ciencia.

La influencia que ejerció la obra, cuyo centenario de publicación queremos conmemorar en estas breves líneas, fué profunda. Sirvió de texto de estudio en casi todas las Universidades del continente americano y las doctrinas que sustenta han sido citadas como de la más grande autoridad en todos los debates de carácter internacional surgidos en el Nuevo Mundo.

Los principios del Derecho Internacional eran imprecisos a la fecha en que esta obra monumental fué dada a la publicidad. Bello los definió con claridad y una elegancia de lenguaje que deleita al lector.

En el Prólogo de la primera edición de su libro, Bello, dice que tomó como guía además de las obras de los publicistas del siglo xviii, los trabajos del inglés Chitty, "A treatise on the laws of Commerce and Manufactures and the Contracts relating thereto", 1824; la del juez norteamericano James Kent, "Comentaries on American Law", 1829, y el "Diplomatic Code", de Elliot. Esto hace que se advierta en el texto de Bello una influencia importante del criterio anglo-sajón.

En la discusión que ha provocado entre los escritores de Derecho Internacional el tema de los fundamentos en que descansa y de las fuentes de los cuales emana, Bello se coloca entre los que sostienen que el Derecho Internacional no es otra cosa que el natural, que, aplicado a las naciones, considera al género humano como una gran sociedad de que cada cual de ellas es miembro y en que las unas, respecto de las otras, tienen los mismos deberes que los individuos de la especie humana entre sí.

Las doctrinas de Bello sobre el derecho de las antiguas colonias españolas para constituirse en Estados independientes rompiendo los vínculos que las adherían a la Madre Patria, ejercieron positiva influencia en los destinos de las nuevas Repúblicas. La independencia de éstas era un hecho y los países extraños estaban obligados a reconocerlo. En la lucha entre la metrópoli y sus antiguas colonias, los países terceros debían permanecer neutrales y era su obligación admitir el hecho de la independencia y proceder en consonancia.

Bello despertó en el continente americano un vivo interés por los estudios de Derecho Internacional y ha sido el inspirador de los escritores del continente que se han dedicado a investigaciones en este ramo de la ciencia y han contribuido a la formación del Derecho Internacional, en la manera que hoy se le concibe, con trabajos de importancia.

Calvo se expresa como sigue de la obra de Bello: "Bello es el primero que ha manifestado la insuficiencia de los principios emitidos en la obra de Vattel y que ha intentado subsanarla. Puede considerársele como el precursor de Wheaton, que lo cita frecuentemente. Los autores más distinguidos hablan con elogio de la obra de Bello".

Versiones al francés y al alemán, y el hecho de ser citado por tratadistas europeos eminentes, acreditan los grandes méritos del trabajo de Bello. Su reputación de jurista, derivada en considerable

(Pasa a la página 239)

La solidaria celebración de un ideal

Unirse o morir. La patria es América

= *Envío del autor.* Montevideo =

Sr. Presidente de la República:

Sres. Embajadores; Sres. Ministros; señoras y señores:

No es sólo una efeméride de América lo que la flamante Sociedad bolivariana del Uruguay, se propone celebrar con este acto. Ha querido organizar, más bien, la solidaria celebración de un Ideal. Y fué así que se apresuró a adoptar para ese fin el 22 de junio, aniversario de la Conferencia de Panamá de 1826. He aquí, en efecto, la cifra típicamente americana, la que resume a todas en un amplio conjunto, en el vértice de un solo, inmutable, vital designio. Designio de vida, de justicia y de paz, que nuestro continente reclamara, ya entonces con urgencia, confundido el clamor con los primeros vagidos de la libertad y las torturas de un alumbramiento que ha seguido convulsionando su organismo y su alma, en todo el transcurso de la primera centuria.

"Para nosotros la patria es América", había dicho Bolívar, al comienzo de la Epopeya, en 1914, en su proclama de Pamplona. Con la Conferencia del Istmo no aspiró sino a corroborar en la realidad internacional, esa su vocación sublime, a la que confundió su genio, su gloria y su martirio.

Hemos venido entonces a conmemorar el más alto ideal de América. Por equidistante, ecuménico y vital. Desgraciadamente todavía aspiración o quimera, como queráis llamarle, pero quimera, fantasía o ensueño que dice: "unirse o morir", y que sólo uniéndose han de salvarse del caos, las naciones, los continentes y los pueblos.

Unirse o morir. He aquí el dilema planteado por el Libertador en el instante en que creaba las patrias y conquistaba la libertad común. Creaba y libertaba en la realidad, al tiempo que se afanaba por organizar en las constituciones, los congresos y los tratados, **un espíritu continental,** por el órgano de una Liga Anfictiónica, capaz de influir en los destinos del mundo. Tales cosas concebía y planteaba el genio incomprendido de América,—asociación orgánica de pueblos, tribunales internacionales, reglas nuevas de derecho, vastas codificaciones y alianzas. Y eso emprendía cien años antes que los hombres de Europa,—los estadistas, confundidos ahora con los ideólogos,—de aquella Europa de la Santa Alianza que él mismo enfrentó con sus ideas y su espada; es decir, la Europa de la conquista y la guerra; hombres del viejo mundo, he dicho, que al conjuro idéntico: **unirse o morir,** frente a la visión de la miseria y la sangre, levantan como único expediente, su mismo estandarte de cooperación y paz.

Orgullosos nos hemos sentido los representantes del ideal bolivariano, cuando hemos integrado aquellas Asambleas del viejo mundo, en las que se procura, en medio a complicaciones muchas veces dramáticas, organizar la paz y transformar la mentalidad internacional. Orgullosos de un hondo orgullo **patriótico,** cuando fuera un francés ilustre quien estableciera que corresponde a América promulgar las leyes necesarias a la Sociedad de las Naciones, es decir, las que se vinculan a una paz segura y permanente, porque sólo América podría ofrecer al viejo mundo "una imagen y radiosa de la justicia". Orgullosos entonces de sentir de qué modo un ideal originariamente americano, el de Bolívar, se desplazaba victoriosamente hasta situarse en el centro del espíritu universal, y cómo una sugestión, también americana, la de Wilson, echaba las bases de la más grande institución pacifista de todos los tiempos y del punto de vista de las perspectivas jurídicas y la realidad psicológica hoy por hoy, la última esperanza del mundo. Orgulloso cuando me fuera dado escuchar de labios de mi profesor del Instituto de Altos Estudios Internacionales de París, Alberto de Lapradalle, maestro de maestros de Derecho Internacional, la aseveración de que "el artículo 10 del Pacto de la Sociedad de Naciones no es sino la extensión al mundo entero de las doctrinas de Bolívar".

Bastarían semejantes constataciones, señoras y señores, para evocar las proyecciones morales que abarcara el suceso que hoy conmemoramos. En 1826 formuló Bolívar un Evangelio de los pueblos. Y por su visión, su acento y aun sus métodos se trató de un acontecimiento mundial. Pero en mérito a sus características de lugar y de tiempo; normas propias; circunstancias históricas; credo y unción continentales, es el 22 de junio la fecha civil, la más genuina y universalmente americana.

Pueden y deben las nacionalidades distintas, agitar, al ritmo de la gratitud imperecedera, sus propios incensarios en la liturgia de la Historia, y ahí está ese depósito de glorias y misterios a que aludiera Juan Montalvo, indispensable a los pueblos ilustres, donde los dioses entienden en las cosas humanas; urnas de cenizas sagradas, **polvo de diamante** que no disperse el viento como las del templo de Juno Lacinia. Ahí están las efemérides parciales, Boyacá y Carabobo, Bomboná y Pichincha, Junín y Ayacucho, Las Piedras y el Rincón e Ipiranga, y todas las demás, del copioso devocionario nuestro aureoladas en el mismo limbo de inmortalidad. Pero América encumbra una fecha que las comprende a todas, en un haz ideal, la misma que simboliza su propio concepto "sui géneris" de la libertad y el derecho. Esa fecha no puede sino referirse al jalón boli-



El drama de las dos Américas

Roosevelt y Bolívar

= De *La Voz*. Madrid =

Los Estados Unidos son de veras potentes y grandes, como expresa el verso de Rubén Darío. Dan de todo. Si han nacido allí los odiadores profesionales, los que creen que fuera de los Estados Unidos nada vale la odiosa prensa amarila, los conquistadores de levita desde el seguro de su escritorio, como Mac Kinley, y los cínicos pescadores en río revuelto, como Roosevelt—a cuyo nombre va unido el despojo de Colombia,—también producen los Estados Unidos moralistas, idealistas, apóstoles del bien, espíritus con un gran sentido humanitario.

Uno de estos es Waldo Frank. Waldo Frank no es sólo un cerebro poderoso donde cabe holgadamente la comprensión de los pueblos y razas más diversos, sino un psicólogo, un adivinador, un místico, un apóstol. El deseo de comprender a los pueblos y de hacerles comprender por otros pueblos antípodas lo desvela y lo enciende. Este sentimiento se puede llamar amor, y coloca a Waldo Frank en el número de una egregia minoría, en el rango de una humanidad superior.

Nadie en los Estados Unidos ha visto hacia la América de origen mediterráneo con ojos más penetrantes y fraternos. En España mismo, su posición frente a la América hispana y su adivinación de ella sólo puede compararse a la de Unamuno, con quien Waldo Frank tiene alguna semejanza en desgarrada sinceridad y en íntima generosidad de espíritu. Sólo Unamuno ha hablado y habla en España de nuestra América con esa comprensión a que se llega más que por el razonamiento y la experiencia, por el amor y lo que llaman los místicos consubstanciación. Sólo Unamuno. Don José Ortega y Gasset, no.

Hay que aclarar las cosas, las almas y

(*Pasa a la página 239*)

variano de 1826. Todavía con su espada al cinto, era Bolívar un "creador de Humanidad" más que un creador de patrias, lo que equivale a decir un sembrador de paz. De aquí la grandeza del apostolado de su genio duplex. "La lucha con España fué para él sólo un medio", se ha afirmado con justeza. La Libertad espiritual su fin, y aquí radica el sentido trascendental de su empresa, siempre inconclusa, por humana, de acuerdo con el sentimiento trágico de la vida y los hombres, a los que Pascal atribuye antes que la misión de captar la verdad, el impulso indeclinable de luchar por ella.

Pero nunca una desproporción más grande entre el medio y el genio; la cultura pública y la libertad conquistada. Bien es cierto que Bolívar no tuvo, después de tanta trágica amargura, la fortuna de Edipo, de contemplar a su tierra en el poderío y la gloria. "La independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás" dijo en la etapa final de su desengaño. Había presenciado el fracaso de la Conferencia de Panamá y por tanto, de la fundamental concepción que la inspirara. Había encallado también la Confederación de los Andes, en cuyo plan, más restricto, él quiso agrupar a los pueblos, directa y exclusivamente libertados por su esfuerzo.

Se había situado, frente a frente, al espectáculo de la anarquía, lote de vergüenza, violenta usura de la libertad. Y entonces aparece el Apóstol. El quiso domeñar a la hidra. "Nuestras discordias, escribía, tienen su origen en dos copiosas fuentes de calamidad pública: la ignorancia y la debilidad, fomentadas hasta hoy por España, la una por la superstición, la otra por la tiranía". Y en esa prosa suya, de incomparable señorío verbal, reclamaba del mundo la excusa para aquellas democracias balbucientes invocando el recuerdo de "la turbulenta historia de Atenas, las facciones sanguinarias de Roma, las guerras civiles de Inglaaterra, las disensiones de los Estados Unidos".

Se ha dicho que el triste sino de ciertos planes de Bolívar se reveló cuando se sustituyera el hombre de acción por el visionario. No, señores. El hombre de àcción triunfó en sus ejércitos. El estadista, el organizador, el sociólogo, el caudillo civil, el diplomático, no triunfaron en vida porque Bolívar no pudo y no quiso encauzar su genio, ni en los despeñaderos de la demagogia, ni menos en los subterráneos de la intriga y los mediocres sensualismos, ni en el torvo maridaje con el imperialismo de afuera.

Y si hemos de referirnos, particularmente en este acto, a esa visionaria diplomacia bolivariana, cuyo desenlace fuera la Conferencia del 22 de junio de 1826, es fuerza proclamar, señores, a esos ideales, surgidos en función de la mentalidad característica de nuestro continente, como la aspiración sustantiva, la doctrina orgánica, el indispensable pacto continental. En el orden interno, por así decirlo, quimera; sí, quimera, entonces, hoy y acaso mañana, la concepción ya esbozada en su carta de Jamaica: "de formar de todo el nuevo mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo", con "un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que se constituirían". Hasta entonces, en la primera hora de la Epopeya, se refería el Libertador a sus obstáculos: los intereses opuestos, las situaciones diversas, los climas remotos, los caracteres desemejantes, a pesar del mismo origen, lengua, costumbres y religión. Cuando le transportaba su ensueño exclamaba: "Qué bello sería que el Itsmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos". "Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso..."

En 1826, se reunió, efectivamente, ese Congreso. Lo reclamaba el interés fundamental de América; el interno, frente a la desorganización y el externo, a los proyectos de la Santa Alianza y los planes hegemónicos de Estados Unidos. "El nuevo mundo debe estar constituído, pensaba Bolívar, por naciones libres e independientes unidas entre sí por un cuerpo de leyes comunes que regulen sus relaciones exteriores". El había sido el árbitro de los destinos de todo el continente en su unánime conjunto. Porque aparte de los tres pueblos de la Gran Colombia, también Buenos Aires, por medio de San Martín y Las Heras habíale ofrecido su concurso, así como Chile por medio de O'Higgins y Blanco Encalada. Perú lo había hecho dictador. Méjico reclamó su intervención armada en 1815 y en 1821. Centro América suscribió una alianza con Colombia y Perú de idénticos alcances. La actual República Dominicana y Panamá, Cuba y Puerto Rico aguardaban su independencia de su esfuerzo exclusivo. No en balde pudo él decir "mientras mi derecha estaba en las bocas del Orinoco la izquierda llegaba hasta las márgenes del Plata. Mil leguas ocupaban mis brazos".

Se consideraba, a la sazón, en Europa, y así lo proclamaban sus publicistas en la prensa y el libro, que en ese Congreso se planteaba la lucha entre los tronos y los gobiernos populares; entre los principios del nuevo mundo y los del antiguo.

Será el mismo Bolívar, tildado de incorregible utopista, quien, sin embargo, en los campos de batalla tanto como en el campo de la política, había templado, al decir del pensador peruano, de realismo sajón su ensueño latino, el que habría de adelantar a los acontecimientos la voz de su propio escepticismo. Comparaba a su plan, ya en vísperas de la Conferencia, al sueño de aquel griego insensato, que desde la playa, pretendiera dirigir los navíos en medio de la tempestad. El sabía de todos los escollos, desde los más próximos hasta los más remotos. Desde los que se referían a la hostilidad de Chile y la suspicacia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, hasta los más graves que provenían de la gran nación norteña, sobre todo en presencia del "statu quo" de Cuba y Puerto Rico, ya afirmado entonces el particularismo dogmático de la Doctrina de Monroe.

Se impuso, al final, la norma dispersiva, que astilló lamentablemente lo que hubiera sido el robusto tronco de la organización política, social y económica del continente. Pocas naciones estuvieron representadas en la Conferencia. Sus acuerdos, tímidos y restringidos, sólo ratificados más tarde por Colombia, no halagaron ni con mucho al Libertador. "Su poder será una sombra y sus decretos, consejos, nada más". Tal fué su comentario desengañado.

La Unión se consolidó, finalmente, en el Norte de América. La segregación absoluta en el centro y el Sur. El magnífico plan bolivariano fué sustituído, más tarde, por una institución panamericana, que perdura hasta nuestros días, útil, si se quiere, desde el punto de vista del intercambio teórico de los pareceres, pero carente de una colaboración estrecha y leal, limitada su competencia en materia económica, restringida su acción en materia política, de resultados confusos después de haberse transformado, con la acción del tiempo, el monroísmo en una cosa elástica, al que los países individualmente y la Unión Panamericana, ella misma, se encuentran en la imposibilidad de aplicar.

Y he aquí, señoras y señores, que precisamente esa etapa adversa del gran drama de la libertad y la organización de América, porque así lo dicta el sino de las cosas humanas, es la que representa la más elocuente de sus cifras. En ella fincó el sumo Ideal que a todos nos confunde en la grandeza y la fraternidad. El Ideal que ha querido conmemorar ahora la Sociedad bolivariana del Uruguay, con la honrosa presencia del primer magistrado de la República y de los representantes diplomáticos de los pueblos hermanos. Porque se trata de la suprema aspiración, podemos afirmar que desde el punto de vista humano no se trata tan sólo del complemento ideal de la emancipación sino que la supera en importancia intrínseca. Novísima conquista de la doctrina internacional, llamaron en todas partes a la iniciativa quienes sorprendían en ella al gérmen de una nueva era para el derecho público, el orden social y el equilibrio de las naciones. Ya he dicho cómo esta actualidad del viejo mundo corrobora semejantes asertos. No ha de ser el logro de los resultados inmediatos lo que nos mueva a exaltar el ejemplo y la gloria única de Bolívar, sino el ideal de superación y perfeccionamiento de los que tanto necesita la hora torturada que vivimos. "Trabajó para la eternidad, acumulando sueños y utopías", tal así lo sorprende Francisco García Calderón. "Soñó para diez siglos", y para todo ese tiempo están preñados sus actos y escritos, escribe el último de sus historiógrafos, el colombiano Fernando González.

Y es así en tales perspectivas ilimitadas, cabe el insondable devenir, como debemos fijar la imagen de su inquietud mesiánica. ¿Cuántos siglos reabsorben las teorías del Hesiodo de los "Los trabajos y los días", y las de Catón El

Censor sobre la agricultura? No ajustemos el tiempo al cartabón de las ansias inmediatas y precarias al igual de los salvajes que no tienen historia. El ejemplo de Bolívar, a pesar de su pesimismo final, digno de una escena de Shakespeare o Sófocles, constituye el palladium de la grandeza americana. No **ha arado en el mar** el Libertador. Es y será el **símbolo de América,** mientras América no se obstine en colocarse **fuera del universo.** Es y será su símbolo más alto por su audaz porvenirismo, sus contradicciones, sus planes constructivos siempre alternando con el desconcertante claro obscuro de sus geniales transportes. Nuestra pauta está allí, en medio al empíreo de su gloria, de sus verdades y hasta de sus extravíos. El fué el **Profeta.** Se cumplieron todos los vaticinios del Libertador. Desde los primeros de su carta de Jamaica, verdadero oráculo de nuestros destinos. De acuerdo con ellos, se suceden las quinientas acciones de guerra que dirigiera en persona o por intermedio de sus oficiales, y al término de la Epopeya, Clayton, el inglés, traza su paralelo con Carlos XII en audacia, con Federico II en constancia y pericia. "Sobrepasó a Alejandro, agrega, a Aníbal y a César y sus marchas fueron más largas y sufridas que las de Gengis Kan y Tamerlán". A Ulises lo equipara Carlyle, y reclama al Homero capaz de cantarlo, en aquellas páginas en que el genial ensayista narra sus andanzas por la cordillera,—pantanos, desiertos, despeñaderos y nieves eternas, "devorando más leguas que la que Ulises alcanzó nunca a devorar".

"Recorrió más tierras con la bandera de la libertad que ningún conquistador con las de la tiranía" escribió Martí, y por ello, cuando sus libertados padecían aún el deslumbramiento del colosal incendio que iluminara las montañas de Aragua, los valles y las antiplanicies y el Orinoco, el Amazonas y el Plata, fueron los europeos, espectadores tranquilos de su hazaña, los primeros que articulaban su admiración, su arrobamiento, su asombro. Y llegan a su campamento los soldados de la España liberal; "sois el primer ciudadano del mundo", le dice, por su parte el general francés Lameth. El irlandés O'Connell pone un hijo a sus órdenes, que llega con éste mensaje: "os lo envío para que imite vuestro ejemplo". Kosciusco, el héroe de Polonia, le envía a su vez, a su sobrino. Los holandeses lo comparan a Guillermo de Nassau. José Bonaparte quiere que el hijo de Murat se transforme en su edecán. Wellington y el general Foy le consideraban "el ejemplo más noble de grandeza a que puede llegar un hombre". Bentham, como "al hombre cuyá autoridad nadie ha igualado en el mundo". Humboldt confesó siempre su rendida admiración, y Emilio Ollivier, atestiguaba que su nombre, proclama viviente de libertad, fué esgrimida por los revolucionarios franceses de 1830;—Benjamín Constant lo considera superior a Washington. Francia e Inglaterra le insinúan su coronación. Su camarada británico de la guerra, el general O'Leary y el francés Perú de Lacroix, fueron los historiadores del Libertador antes que la bibliografía bolivariana llenara los copiosos anaqueles de los autores americanos y de los modernos europeos desde Paul Adam, Marius André, Michel Vauclaire, hasta Poincaré, Valery, Farrére, Regnier, Lichtemberg y Brulet.

Sí; él fué el profeta. Y eligió el atalaya de la Cordillera para sus ardientes vaticinios. El profeta de la guerra y el profeta de las etapas subsiguientes de la existencia continental. Si bien no le fue dado realizarlo todo, a todo llegó la anunciación de su genio. Profesor de energía, desde luego, el Libertador. Yo bien sé que no en todos los rincones de América no se cultiva su historia con el mismo fervor, y no en todas se adopta su ejemplo civil con la misma firmeza. Por ello es útil la constante rememoración. Profesor de energía, he dicho, el primero y más alto. Anteo, en el melancólico atardecer de Pativilca, cuando inmovilizado en su lecho, casi moribundo y el poderoso ejército enemigo que avanza, avasallador, se le interrogase con suprema ansiedad: ¿Qué hacer? —Pues... triunfar! Sí; triunfar y triunfó más tarde en Junín mandando personalmente las cargas de su caballería, y libertó al Perú—como antes a Bogotá en Boyocá, a Caracas en Carabobo y a Quito en Pichincha. Como antes había escalado la cordillera y librado combates a cuatro mil metros de altura, entre volcanes, precipicios y páramos, en aquel invierno de 1819, con un ejército de esqueletos, para culminar una de las más sublimes hazañas de la historia del mundo, obsesión aquilina, soplo hugólatra que lo transportara al pico más alto del Chimborazo a entablar el diálogo con el Infinito.

He aquí el genio de la Cordillera. Cordillera mental él mismo. Abrupta prominencia del coraje, planeada de cóndores, nevada de angustias, candente de astros, arrebatada de infinitos. Cabeza andina la del Libertador, cuyas desatadas vertientes se precipitan en un clamoreo de sangre y estrellas en las riberas de su corazón. Tal así como sus montañas y sus mares de América, fué el Libertador una fuerza virgen de la naturaleza. Alguna vez escrutando el origen atlántido de los "hijos del sol", aquellos de Tihauanacu y el Yucatán, se ha pensado en el paroxismo de las olas, que en vértigos tremendos, esculpieron, al paso de los milenios y en oscuros procesos geológicos, la monstruosa deformidad del esqueleto andino. Yo sorprendo en el numen de Bolívar, desmesurado e implacable, el símil platónico. De estirpe atlántida, efectivamente, ese genio de América que se dijera forjado en la llama del diálogo armonioso. Algo de preexistente trasuntaba el don profético. De la progenie de Atlas se dijera su voluntad, y sus ejércitos de la misma alcurnia fabulosa de aquellos que franqueando las columnas de Hércules,—así lo asevera el divino ateniense por la palabra de Critias,— inundaron el Egipto y la Hélade, y crearon la primera epopeya.

Asegura Cantú en su "Historia de los cien años" que el Libertador poseía el genio de la guerra, pero no el de la legislación. Bartolomé Mitre aventuró más tarde, idéntica aseveración en su "Historia de San Martín". Bien es cierto, señoras y señores, que no le fué dado a Bolívar organizar constitucionalmente ni al conjunto político americano, ni la Confederación de los Andes, ni siquiera al propio país en que nació. Creó la independencia, pero las instituciones políticas, sociales, económicas, complemento indispensable de la emancipación, trazaron la pavorosa interrogación del porvenir. ¿Acaso no perdura aún, a los cien años de su desaparición, la misma interrogante con sus relieves igualmente siniestros?

Pero si ni pudo ofrecer entonces en la realidad de los hechos, las soluciones matemáticas que sólo la mediocridad, la emboscada ambición o el suicidio separatista formularan, ¿quién, después de Bolívar, sembró en América tantas sugestiones superiores, tanta original enseñanza, tanta fecunda inspiración?

Fué, por eso el genio de América Cuando se destruyeron con la guerra aquellos núcleos orgánicos de la vida civil que eran los municipios coloniales, ¿dónde se hallaba el sustitutivo mejor? ¿Cuál es la mejor constitución?

Se responde: ¿Para quién y en qué momento? Uno de sus historiadores responde así, con una interrogación a la interrogación simplista, adaptando el empirismo que ella entraña, al sabio oportunismo de Solón.

Le cupo a Bolívar formular programas y esbozar construcciones jurídicas entre las turbas de los indolentes y los analfabetos. Aspiraba a instaurar un nuevo derecho público en un mundo nuevo, de acuerdo con los manifiestos de Cartagena, Jamaica, Angostura y Ocaña, adaptándolo a sus peculiaridades físicas políticas y económicas. Se resistía a copiar servilmente, como tantos, los preceptos de la constitución de Filadelfia, y respaldado en el Montesquieu del "El Espíritu de las leyes", decidíase por el

principio aristotélico, ajustando al clima, la tierra, las costumbres de los pueblos.

Sentía a la democracia, yo no sé si mejor o peor que los jacobinos, pero no era un jacobino, ni un demagogo, porque consideraba divorciada a la licencia y el desorden de la vocación de América.

Y si algún aporte extraño quería agregar a sus propias concepciones y su experiencia personal, no era otro que el que había recogido de su observación directa, durante su gestión diplomática en la libre Inglaterra, y de aquí su fórmula del Senado hereditario, de acuerdo con la que echaba las bases de la República conservadora, según la definición del profesor Belaunde. Esas ideas del manifiesto de Angostura y la presidencia vitalicia, que estableció en su proyecto de constitución de Bolivia, contrapesada con la organización tripartita del Poder Legislativo, no tendían en su concepto, sino a conciliar las libertades cívicas con la autoridad gubernamental de los países todavía inorgánicos; prevenir el peligro de una democracia desbordada y prácticamente imposible, instituyendo el régimen de una oligarquía intelectual y patricia, que arrancara directamente de la estirpe de los libertadores.

¿Por qué quiso Bolívar realizar el milagro, acaso el absurdo de reunir las características de todos los sistemas? Porque conceptuaba que tales formas políticas, podrían avenirse con su tierra, su raza, sus hábitos, su historia. "Tengamos presente, decía, que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte; que más bien es un compuesto de Africa y América".

Bien, señores; todas esas construcciones teóricas del Libertador se precipitaron estruendosamente en el vacío Para bien o para mal de América. No es este el momento de formular ociosas sentencias. En todo caso un siglo de vida institucional ha demostrado que si el Libertador erraba, y con su error se ganó el destierro, la miseria y la muerte, los que le sucedieron, erraron a su vez, inclusive aquellos que se lanzaron con desinterés y sacrificio, por las rutas más limpias de la perfección.

Pero, es fuerza que aprovechemos estas oportunidades en que se exhibe su figura, de cuerpo entero, para desnaturalizar, cuando menos, tanta especie liviana y tanta estulticia solemne, que, en compendios universitarios de historia americana y demás libros que aspiran a salir de compendios, se ha escrito a propósito de las ideas políticas del Libertador. Afirmemos, entretanto, recordando su vida que, ni liberticida, ni monárquico, ni politiquero de cuartel fué quien dijo una vez: "desgraciado del pueblo cuando el hombre armado delibera"; y otra vez: "la continuación de la autoridad en un mismo individuo ha sido el término de los gobiernos democráticos". Y recordemos cuando a pesar de las instancias de gobiernos europeos y de sus mismos generales, rechaza las reiteradas insinuaciones monárquicas. Insinuaciones monárquicas que venían, unas veces de España: las de Aranda y Godoy, o las otras que invocaban el antecedente

del gobierno brasileño de los Braganza, garantía de la unidad nacional y la integridad del territorio. Y las rechazaba, señores, por considerar, de acuerdo con una indeclinable convicción, que la monarquía era incompatible con el genio americano.

No primaba en su propósito ecléctico de sistemas ningún propósito subalterno o doctrinario, sino el de conjurar la anarquía, el caos oprobioso en el que se precipitó América toda, inmediatamente después de su muerte. El incisivo escritor colombiano que he citado nos describe la saña con que devoraron las furias, terminada la lucha armada, a ese magnífico dispensador de gloria. "Los mulatos tomaron en serio la igualdad, en el sentido de ser todos presidentes, dice con sarcasmo. Y por eso lo llamaron tirano. Tirano él que los había arrancado a todos de la servidumbre. Dictador tres veces, efectivamente fué Bolívar, por la clamorosa instancia de los que veían en él al Predestinado, es el mismo Mitre quien se ha referido lealmente: "a su grandiosa y corta dictadura, porque no era déspota, agrega, no quiso ser jamás un tirano".

¿Tirano quien dirigíase, por último, a la Convención de Cúcuta, renunciando al poder supremo, con este admirable mensaje: "vosotros, dignos representantes de un pueblo libre, descartad toda idea de que yo sea imprescindible a la República. Si un hombre fuera necesario para sostener al Estado, ese Estado no debería existir".

Los que atentaron contra su vida, los que consumaron ignominiosamente, una a una, todas las segregaciones, los que lo arrojaron, por último, de su patria, los que le confinaron en Santa Marta, esos y todos sus congéneres de todo el continente, ¿representaban, acaso, la democracia y la república?

¡Oh, los anatemas al ilustre Dictador! ¿De dónde partían entonces? ¿De dónde podrían partir hoy mismo? ¿Acaso del seno del despotismo; el de abajo o el de arriba; el del desenfreno del número o el de las minorías o los individuos providenciales cuyo balance destaca la quiebra democrática de América y el mundo.

Pero apartemos de tanta miseria a la memoria resplandeciente del Libertador! Encumbrémoslo en nuestros espíritus y nuestra gratitud! Será el símbolo eterno de América! Todo lo previó; todo lo predijo. Abarcó su pupila la visión de la grandeza y la derrota.

Yo de mí sé decir, señores, que en toda ocasión se ha complicado mi espíritu en seguir su augusta sombra, sobre todo cuando he peregrinado en tierras lejanas de América. En lo alto del Aventino escuchó mi corazón su juramento cumplido. En Madrid le sorprendió mi fantasía junto a su infortunada Teresa, y en Londres al flamante diplomático de un mundo nuevo y en París busqué a menudo sus huellas por los salones mundanos y literarios, donde su juventud, espléndida y melancólica, vibrara al contacto espiritual de los Humboldt, los Chateaubriand y las Mme. de Stael.

Fué así que el 7 de mayo de 1927, con motivo de la inauguración de la Avenida Simón Bolívar, en la capital de Francia, hube de escuchar, de labios ilustres su nombre equiparado al rango de "héroe de la humanidad"; y en julio del año pasado quise confundirme con los estudiantes latinoamericanos que colocaron una lápida recordatoria en el frontispicio de la casa que habitara en 1804.

Y fué entonces que frente a la inquietud actual de América y vibrante de sus terribles profecías, yo hube de repetir, bajo el cielo propicio de aquella patria de todos los hombres libres, la sentencia de José Martí: "vigilante y ceñudo en el cielo de América, Bolívar está sentado aun en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a sus pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía".

¡Sentado aún en la roca de crear! Para repetirnos desde la inmortalidad **unirse o morir.** Para rehacer en la paz, la libertad y el progreso, el campamento de Junín, donde se fundieron en el fra-



gor y la victoria las patrias diversas.

Sentado en la roca de crear, irrumpiría de nuevo su gran voz, en raudas hipérboles; otra vez acaso desde lo alto del Potosí, como en el día de su efímera apoteosis. Mi fantasía no podría imaginar, sin embargo, la rediviva representación física a tono de la figura juvenil: mirada ardiente, apostura épica, tal el Bolívar que deslumbrara al general enemigo en la teatral entrevista de Trujillo. Tampoco al héroe que paseara "el carro de la Libertad en triunfo, del Oricono al Titicaca, dibujando en su carrera los colores de iris", como en el verso de Olmedo.

Prefiero la imagen de su doliente atardecer. Enseñanza y reproche y pasión. El sol de las cumbres se pondría en sus ojos como en la pupila del cóndor. Cárdena llegaría su luz, tal así en los paisajes de nieve. Y en lo alto la Cruz del Sur, iluminando el abismo del mar y la entraña de la montaña. Entonces su voz adoptaría el acento de los profetas máximos.

Porque fué el arquetipo de un mundo. Super-hombre, pero no de la casta dionisiaca que creó el numen teutón, sino el super hombre cristiano, por la suprema ofrenda de su vida y su muerte en aras de un Ideal, el de América, ahora y por todos los siglos fijado a los designios insondables de Dios.

José G. Antuña

La misión de la inteligencia

= *Envío del autor.*—La Paz, Bolivia =

Sobre los intelectuales—en esta hora convulsionada del mundo,—pesa una gran responsabilidad.

La "cultura occidental" ha materializado en demasía el sentido de la vida. Ha sacrificado las ideas, el espíritu, la justicia, haciendo radicar, el poder, en la capacidad y potencia económicas. Por eso, sus expresiones más características —el imperialismo que avasalla y el capitalismo que explota,—están saturados y en crisis.

La guerra europea y los acontecimientos que le sucedieron, han conmovido fundamentalmente la conciencia de la Humanidad. Es una nueva época la que vivimos posteriormente a la hecatombe. Las mutaciones y transformaciones que experimentan la política, el arte, las religiones y la filosofía, son fenómenos lógicos y científicamente explicables. Las guerras y las revoluciones, originan, fatalmente, cambios radicales. Es la Humanidad que se renueva, que cobra nuevos alientos, que avanza sobre las ruinas y los escombros del pasado.

Al racionalismo, al cientifismo, al positivismo, suceden otras concepciones más vitales y enérgicas; más de acuerdo con las necesidades intelectuales de "nuestro tiempo". Políticamente, los dogmas de la revolución francesa, cristalizados en el liberalismo, están en quiebra. Ya no es posible que la política siga girando en rededor de conceptos abstractos, de mitos democráticos, de organizaciones injustas. Los pueblos—en su expresión multitudinaria,—exigen el imperio de la justicia terrestre, clamado colectivamente desde el cristianismo. Piden la solución de sus problemas, el fin de "su" tragedia.

Al arte burgués, individualista y preciosista, que halaga a los sentidos, o, que los enferma, se opone el arte para el dolor de las muchedumbres y su liberación. Triunfa así el expresionismo que capta emociones y no formas, que recoge sentimientos y no belleza pura. Y, las emociones descombradas y los sentimientos crujientes, están hoy, en las "extensiones" humanas a que se refiere Barbusse.

Las religiones torturantes y negativas, basadas en el egoísmo personal, rígidas y envejecidas, son desplazadas por las corrientes humanistas, henchidas de afirmaciones, caudalosas de optimismo y apremiantes de justicia. Sólo así, podrán ser sostén del espíritu, hálitos de vida. Augusto Messer, afirma que nos encaminamos hacia nuevas formas de religión social. Como también, decimos, el arte—adelantándose—sigue esa vía. Lo mismo que las interpretaciones filosóficas y la política.

El espectáculo del mundo es de grandes revoluciones que se operan. Los hombres de pensamiento, ¿espectarán abstraídos este duelo a muerte entre el pasado tenebroso y el futuro promisor? ¿No es la inteligencia el origen de este torbellino de inquietudes, de este desmoronarse de imperios? ¿El principio de la fuerza, no radica, en última instancia en ella misma? ¿Por qué, entonces, la quietud o la indiferencia del pensamiento?

Pensamos que el intelectual como el artista, para llenar, humanamente su misión, deben pronunciarse. O están con lo pretérito, la decadencia y la injusticia; o vienen a sumarse al caudal renovador que viaja al mañana, construyendo la Humanidad del porvenir.

La misión de la inteligencia es descorrer los velos que ocultan la verdad: aclarar las intuiciones, analizar, estudiar, orientar. Y, más aún, si se viven horas definitivas, es un crimen el silencio, es cobarde la exclusión de responsabilidad. En momentos en que los hombres se angustian frente al caos, no se concibe una mente clavada en el Cosmos y la metafísica. No se concibe en afanes de adormecer o divertir a la colectividad. Para eso, están el cine yanqui, los escritores literaturizantes y el periodismo insustancioso y baladí. Sostenemos que el intelectual, debe ponerse al servicio del pueblo. Confundirse con él, conducirlo. Con esto, no queremos decir que se haga político. Tiene tantos recursos, que no hace falta la dirección efectiva de las masas. El apoliticismo de los intelectuales, se explica por la forma cómo conciben, erróneamente, la política. Pero, la política, en estas horas, es acaso la disciplina más alta y la misión más premiosa: hay que salvar las vidas de cientos de millones de hombres, de la guerra, de las calamidades, del hambre.

"El intelectual como cualquier idiota —escribe José Carlos Mariátegui,—está sujeto a la influencia de su ambiente, de su educación y de su interés. Su inteligencia no funciona libremente. Tiene una natural inclinación a adaptarse a las ideas más cómodas; no a las ideas más justas. El reaccionarismo de un intelectual, en una palabra, nace de los mismos móviles y raíces que el reaccionarismo de un tendero". El tipo corriente del intelectual prestigioso y aplaudido, es éste, descrito por Mariátegui. Así, el triunfo es más fácil, si se halaga, se sirve o se miente, que mostrándose inadaptado, batallando, renovando. El viejo y cómodo orden de cosas, instituído, tiene en estos intelectuales, a sus más leales servidores. Las oligarquías y las dictaduras, siempre han tenido a sus órdenes grandes ingenios, magníficos talentos. Quintiliano Saldaña, compara a los que alquilan su inteligencia con las mujeres que comercian el amor. (Triste destino que llega a tener el atributo más noble del hombre. Y, como está lleno el mundo de bufones, payasos y mercaderes del pensamiento).

La misión de la inteligencia no es, pues, subordinarse a ningún interés que no sea el de la Humanidad. La fuerza organizada y predominante, siempre la teme, y aún la hostiliza. Pero, es imposible cercar la inteligencia, matar las ideas. Que vuelven por sus fueros y están en trance de dominar. El día en que el poder y la fuerza, estén a su servicio, habrá asomado una nueva era para los hombres.

Abraham Valdez

Julio, 1932.

Estampas

La ofensiva de las naves zumbadoras al servicio del imperialismo yanqui

= Colaboración directa =

Posiblemente por este tiempo está organizando la Pan-American Airways, Inc. en todos los países de nuestra América el mismo concurso de ventanas que tiene como premio un viaje en aeroplano al puerto aéreo más vecino. Es la ofensiva de los jerifaltes del aire que se han adueñado ya de todas las rutas aéreas de la América imprevisora. El Departamento de Estado es el poder grande que impulsa a la Pan-American Airways Inc. a la conquista del aire. Le ha dado para iniciar el dominio el transporte de la correspondencia. Para que tengamos correo rápido se nos piden contratos de larga duración en los cuales damos todo lo que puede necesitar la aviación ahora y dentro de muchos años. Recibimos un servicio, asegura la organización monopolizadora, y debemos recompensarlo. Aguas, tierras, comunicaciones radiográficas para que el servicio tenga justa compensación. Es decir, cerramos definitivamente el campo a toda competencia y nos atamos a un monopolio agresivo y eliminador. El Departamento de Estado le dicta esa conducta, que es la que inspiran fines imperialistas.

La red de contratos debe estar ya finalizada en nuestros pueblos. Por eso ocurre la ofensiva de la propaganda. A una ciudad hay que llenarles de vistosidad sus centros de atracción pupilar. Es una vistosidad perfectamente calculada para dejar en el espectador la impresión cabal de que el servicio de aeroplanos es una exigente necesidad. Al concursante se le han sugerido de antemano las ideas con las cuales debe trabajar en el arreglo de su ventana. Contraste con el medio antiguo de transporte para que el moderno atraiga. El ferrocarril o el vapor llevan a tal o cual meridiano la correspondencia o el pasajero en diez días, pues el aeroplano acorta a diez horas la jornada. Reducir distancias y así los centros comerciales, financieros, industriales estarán a un alcance que permitirá el negocio pronto. Las ventanas deben hablar al espectador de todo eso. Porque el espectador debe ser la voz que mantenga difundidas las ventajas del transporte aéreo. Este es el sentido de conquista que le encontramos a la ofensiva de la Pan-American Airways Inc., después que ha asegurado las rutas aéreas de los pueblos de nuestra América. Dirán de seguro los obtusos: ¿y no es para los pueblos un disfrute inmenso de civilización gozar del transporte aéreo? Nos impondrán esos obtusos el mote de retrógrados apasionados. Pero hay que tener un juicio con mayor profundidad que el del retrógrado.

Entendámonos. Hemos afirmado que la Pan-American Airways Inc. es una agencia del Departamento de Estado norteamericano. No haremos revisión de los testimonios que tenemos dados como fundamento de esta aseveración. Desde que nació esta organización de conquista imperialista hemos venido siguiéndola y ofreciendo el cargo verídico que la descubre como instrumento poderoso de dominio. Por lo mismo lo que ahora nos corresponde es decir al obtuso que no estamos clamando contra el transporte aéreo, sino contra la organización que lo regula y administra en nuestros pueblos. El espacio aéreo está sometiéndose a una docilidad que lo convierte en fuerza admirable de civilización. El hombre tiene allí quizá el más grande de los campos para hacerles accesible la vida a mundos de felicidad y bienestar. Las rutas aéreas se humanizarán. Lo sentimos y nos parece ya de un porvenir muy cercano. Conviene entonces guardar esas rutas del acaparamiento que las vuelva maldiciones. Guardarlas para que a ellas tengan acceso las alas de todos los pueblos. Sin rivalidad, sin preferencia. Constituyen el mayor poder que la civilización ha dado al hombre.

Y porque no deben volverse maldición es que condenamos la voracidad maldita de una plutocracia imperialista que se echa sobre estos pueblos y les arranca, sin darles ni siquiera la miserables lentejas bíblicas, la salida al espacio. El Departamento de Estado incubó a la Pan-American Airways Inc., y la echó sobre nuestros pueblos a imponer- les contratos terribles y esclavizantes. ¿Quién habló por estos pueblos? ¿Quién dijo al Departamento de Estado que estaba impulsando una empresa aborrecible e infernal? Pudo la Pan-American Airways Inc. vencer la endeble oposición que encontró en los Congresos y obtuvo aguas, tierra, concesiones radiotelegráficas, excención de impuestos. Es decir, obtuvo en cada pueblo la totalidad reservada a la aviación que liberta, no que esclaviza. En algunos países del Sur ya empresas alemanas y francesas habían establecido el servicio aéreo de transporte. Cuando apareció la compañía del Departamento de Estado hubo la queja contra esas empresas. No parecía natural que las rutas aéreas padecieran ya un cercenamiento. El trabajo empeñoso consistió, una vez la Pan American Airways Inc. en poder de multitud de contratos, en desalojar esas empresas extrañas. Ya fué conseguido, pues en Colombia, la alemana, y en Brasil, la francesa, se fundieron con la norteamericana y una sola cadena de dominio cruza el aire de la América nuestra.

De modo que cuando nos detenemos frente a las ventanas que ha arreglado el comerciante a quien halaga un viaje gratuíto en aeroplano, no tenemos medio de contener la reflexión condenatoria. La Pan-American Airways Inc. es el poder que nos conquista para esclavizarnos. Nos ofrece el transporte de cartas y de pasajeros por el aire, no como forma de disfrutar de una fuerza admirable de civilización, sino como apoyo a un dominio imperialista. Si cada uno de nuestros pueblos ha entregado como Costa Rica sus rutas aéreas por diecisiete años prorrogables al infinito, hay fundamento para decir que todos han entregado al Departamento de Estado norteamericano el espacio para que sea instrumento de una política de conquista. Ahora quieren la carta y el pasajero nada más. Pero es el comienzo de la ofensiva. Cuando haya crecido el tráfico y las seguridades del vuelo se hayan fijado, vendrá entonces la ofensiva más peligrosa, que es la ofensiva comercial. Verá el espectador ventanas dentro de las cuales se ostenten las ventajas del transporte de mercaderías. No se hablará de la carta ni del pasajero, pero se hará fuerza sobre la mercadería. La Pan-American Airways Inc. habrá dentro de pocos años logrado el tipo de nave que suma en sus bodegas toneladas de toneladas de mercadería. Podrá decir con énfasis que cada país transporte a los mercados grandes su café, y su azúcar, y su cacao, y sus maderas y sus cueros, en las rápidas naves que ella ha construído para bien de nuestras industrias. Y a las industrias norteamericanas dirá que distribuyan sus productos trayéndolos a cada pueblo de la América nuestra en las naves zumbadoras. La industria, el comercio, la banca, todo ese aparato que da fisonomía a la política imperialista, correrá dominador por los aeroplanos de la Pan-American Airways. No tendrán estos pueblos nada que oponer al dominio. Están atados a ese dominio por contratos desgraciados, dado por hombres obtusos en quienes la cobardía y el peculado hacen festín. Dominada la ruta aérea para el correo, para el pasajero, para la mercadería, está dominada para eliminar la competencia. Seremos tributarios del imperialismo todavía en grado mayor.

A ese panorama sombrío nos asomamos cuando la algazara de la ofensiva de la Pan-American Airways nos vocea una semana del correo aéreo. No esperamos contener la conquista que es ya incontenible. Hemos dicho muchas cosas contra la Pan American Airways Inc. y con ellas a lo sumo habremos logrado dejar testimonio de que no todo es ceguera y peculado en un país. Lo que ahora afirmamos de la propaganda que la organización imperialista hace al servicio de sus naves, es para constancia también de la posteridad. El cinismo ha cundido y

de cuanta reflexión honrada quede constancia hacen motivo de burla los descastados y los obtusos. Pero no podemos desanimarnos los que aspiramos a trabajar para generaciones que han de ser más honradas que las nuestras. Para generaciones que han de vivir bajo el poder de una educación que les dé rectitud de personas. Tenemos fe en que hablando se trabaja para una conciencia que verá en el decoro y el honor de los pueblos un bien con el cual no se puede traficar. Para salvar ese decoro queremos que no asuma poderes arrolladores la fuerza imperialista que impulsa la conducta del Departamento de Estado. Y una manera de restarle influencia es descubrirle todos sus garfios. Este de la aviación en poder de la Pan-American Airways Inc. es uno de los más peligrosos y brutales. Los pueblos de la América nuestra deben saber que las diecisiete mil millas diarias que recorren las naves de la Pan-American Airways son millas que van soldadas por una cadena de esclavitud. Deben saber que esas cadena se forjó en el Departamento de Estado de quien es vasalla y agencia poderosa de conquista la empresa que está organizando con premios la semana del correo aéreo. Es la misma empresa funesta que dentro de pocos años organizará espectacularmente la semana del transporte aéreo de mercaderías de toda clase. Es una empresa que hoy se llama Pan-American Airways Inc., pero que mañana, si así conviene a los fines del Departamento de Estado, puede llamarse con cualquiera de los nombres que forman el poderoso trust del aire bautizado por el imperialismo "North American Aviation Corp."

Juan del Camino

Costa Rica y octubre de 1932.

El drama de las dos Américas

(Viene de la página 232)

las actitudes. Ortega y Gaset, aunque muchos americanos y muchos españoles—y tal vez él mismo—crean otra cosa, mantiene frente a América un estado de espíritu parecido al de los generales, politiqueros y malos periodistas que perdieron la América y continuaron alejándose de su espíritu durante todo el siglo XIX. Y no por incomprensión ni por propósito hostil, sino porque don José Ortega y Gasset es un aristocraticista, un imperialista, un nietzscheano.

Unamuno, no. Waldo Frank, no: son espíritus generosos, hospitalarios, franciscanos, cristianos; en una palabra, religiosos; es decir, de alta y trascendental idealidad.

Las ideas centrales de Waldo Frank en su última obra, "América hispana", las iremos viendo aparecer a medida que vayamos necesitándolo en sucesivos análisis de esta obra. Por ahora, en el presente artículo, contentémonos con conocer una de estas ideas centrales: la América del Norte no es superior a la América del Sur; es distinta. Y como no es superior, no le conviene menospreciarla ni agredirla, sino estudiarla y conocerla.

El libro de Frank se inicia con un capítulo sobre "El canal de Panamá". En Panamá se encuentran las dos razas y las dos civilizaciones en que se divide el continente.

España, en tiempos remotos, quiso abrir el canal. No pudo. Le faltaron herramientas. Los franceses quisieron abrirlo. No pulieron. Les faltó espíritu de sacrificio y de continuidad.

Bolívar también quiso abrir el canal. Tampoco pudo. Le faltaron herramientas como a España; tiempo, como a los franceses—estaba absorbido por el trabajo hercúleo de emancipar un continente—. Quedó su iniciación y la idea que asoció a ella: que el canal no fuera, como lo han hecho los Estados Unidos, en beneficio de un pueblo; quiso que el canal, como la América toda, fuera para la Humanidad.

Oigamos a Frank, que sitúa en el canal el drama de América:

"El canal de Roosevelt no es el canal de Bolívar. La entidad que anhelaba crear este canal no es la sintética y la verdadera América de Bolívar. "Hemos comenzado—dice Roosevelt—a tomar posesión del continente".

Su canal es ajeno y hostil a la América hispana. Y es extraño a la gran tradición de la América cuya bandera enarbola...

El encuentro de Bolívar y Roosevelt en Panamá anuncia el drama de América. Bolívar representa la energía americana en su apogeo. En él se agita el impulso de los conquistadores y de los místicos españoles, hermanos espirituales de los puritanos que vislumbraron un nuevo mundo. En él se agita el impulso de los patriarcas revolucionarios que comenzaron a diseñar el mapa de este mundo nuevo de los revolucionarios modernos que para crearlo acogieron alegremente los valores de todas las razas. Roosevelt representa la energía americana en la forma infantil del poder que hace de los Estados Unidos de hoy el prototipo de los pueblos hundidos en una decrepitud espiritual. La altanería, la codicia, la ignorancia de la vida de otros pueblos y una suprema habilidad en el manejo de las herramientas hacen despiadada la voluntad personal que encarna.

"Roosevelt es una figura histórica grande porque su proeza—a menos que se rectifique en una forma última, como el niño se rectifica en el hombre—presagia el fracaso espiritual de su nación.

"Bolívar es una figura histórica grande porque, aun en su derrota, proyecta la victoria posible de una nueva cultura humana".

Waldo Frank ha visto claro. Ahora, ¿qué otra cosa vemos nosotros? Vemos esto:

El drama entre Hispanoamérica y Saxoamérica es la continuación en el Nuevo Mundo del viejo drama de dos razas, dos religiones y dos países en Europa: España e Inglaterra.

Bolívar representa en América el sino de España. Su más amplio ideal, aunque no su obra, fracasa por obra de un enemigo multisecular de lo que él representa, bien visto, en las últimas simas de la Historia.

R. Blanco - Fombona

Don Andrés Bello y el Derecho...

(Viene de la página 232)

medida de sus "Principios de Derecho de Gentes", (en ediciones posteriores el autor intituló su obra "Principios de Derecho Internacional" para seguir la evolución de la ciencia), se acrecentó con su atinada orientación de la política exterior de Chile. Su prestigio era tal que los Gobiernos de Estados Unidos de América y del Ecuador le pidieron en 1864 arbitrara una controversia surgida entre ellos e igual cosa hicieron el siguiente año los Gobiernos de Colombia y del Perú. Don Andrés Bello ya entrado en años y con su salud quebrantada, hubo de excusarse de aceptar tan honrosos encargos que, según entiendo se confiaban por primera vez a un latinoamericano.

Al conmemorar el primer centenario de la publicación del "Derecho de Gentes", la intelectualidad del continente americano se descubre respetuosa ante la memoria del hombre superior, del jurista eminente, del sembrador de ideas fecundas que se llamó Andrés Bello, nombre venerado por la América entera y que influyó profundamente en sus destinos.

El Consejo Directivo de la Unión Panamericana, el Instituto Americano de Derecho Internacional y la Sociedad Americana de Derecho Internacional han rendido ya homenajes de respetuosa recordación al precursor ilustre de los estudios jurídicos internacionales en Hispanoamérica. La Dotación Carnegie para la Paz Internacional, a pedido del Instituto, prepara una reproducción paleográfica de la primera edición de "Principios de Derecho de Gentes" en sus clásicos del Derecho Internacional con un prólogo del ilustre tratadista cubano Dr. Antonio Sánchez de Bustamante. Bello por el voto unánime de sus continuadores asciende así a la eminencia que tan justamente se merece.

Miguel Cruchaga Tocornal

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual, ₡2.00
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.25 / (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Sarmiento traductor

= De *El Monitor de la Educación Común*. Buenos Aires =

Nadie ignora, entre nosotros, que Sarmiento, allá por las páginas finales de sus "Recuerdos de Provincia", resumió su **bibliografía,** completando la historia de su vida, y la de los suyos, que en aquel precioso libro se contiene.

A las traducciones dedícales unos párrafos. En el primero, explica cómo púsose a traducir libros de espíritu "eminentemente moral y religioso". El no ignoraba entonces, que en Chile, existían personas candorosas que temían sus ideas "un poco libres en materia filosófica", lo que Sarmiento no ocultaba sino que mostraba a todos "porque la idea sola del disimulo me indigna". No aceptaría sujeción alguna impuesta por preocupaciones estúpidas del vulgo. Sin embargo, "para la educación primaria son otros los principios que me guían. Las altas cuestiones filosóficas, religiosas, políticas y sociales, pertenecen al dominio de la razón formada; a los niños sólo debe enseñárseles aquello que eleva el corazón, contiene las pasiones y los prepara a entrar a la sociedad"...

Sarmiento positivista, combatido furiosamente por los escritores católicos de su época, ateo y masón; que, según Groussac, "era la mitad de un genio", y que, según Manuel Gálvez, "no comprendía el arte, ni la religión, ni la filosofía", antes de morir, para permanecer en "sus trece" aun cuando fuera capaz de claudicar al verse cercano a las sombras, advirtió a los suyos: "Yo les he respetado sus creencias sin violentarlas jamás. Devuélvanme ahora ese respeto. Que no haya sacerdotes junto a mi lecho de muerte. No quiero que por un instante de debilidad pueda comprometerse la dignidad de mi vida".

Pues bien; ese Sarmiento había tra-



Sarmiento

ducido en 1844, "Conciencia de un niño" que él mismo calificó de "libro precioso de moral y de religión para despertar en el corazón de los niños las primeras nociones del conocimiento de Dios y los deberes del hombre", y la "Vida de Jesucristo", "que no existía en castellano, y que es una historia sencilla a la par que luminosa exposición de la doctrina del Evangelio"...

Los autores que se han ocupado de Sarmiento no traen mayores detalles de estas obrillas. Sólo don J. Guillermo Guerra, en su Sarmiento" página 95. (Edición Sgo. de Chile, 1901) nos dice que tradújolas del francés "con el fin de proporcionar a la infancia libritos de lectura que, aunque de carácter religioso, no contuvieran los cuadros terroríficos ni las obscenidades de los que entonces se usaban en las escuelas. Esas obritas—añade—tuvieron muy buena acogida y hasta hoy gozan de favor en los establecimientos de primera educación de Chile".

Aquí no se conocen. Nosotros hemos encontrado un ejemplar de la "Vida de Jesucristo" traducida por Sarmiento. Pertenece a la segunda edición, hecha en Santiago en 1849. Es un librito a la rústica de 172 páginas, claramente impreso, con ese bello tipo de imprenta que tan poquito se usa ya, buena tinta y buen papel, que ayudan a mantener los libros en lindo estado a pesar de los años. (Biblioteca Nacional Nº 43.338).

(Vida / de / Jesu-Cristo. / Con una relación sucinta de / La Palestina / Traducida por / D. F. Sarmiento / Adoptada por la Universidad de Chile para uso de las / Escuelas Primarias / Segunda edición / Santiago. / Imprenta de Julio Belin y C. / 1849).

La parte de la Vida de Jesús, que no tiene valor especial pues es traducción de algún manual corriente entonces para uso de niños, conforme a la biografía que del Hombre Dios tiene hecha la Iglesia, va precedida de un resumen sencillo y ameno de la geografía de la Palestina o Tierra Santa, en el que creemos encontrar rastros del afán de Sarmiento por la buena educación de la infancia, pues hay en él, sin duda, algo o mucho, de su cosecha.

Para entender aquella Vida corresponde conocer el escenario, y se describe el lugar en que van a desarrollarse los episodios, de una manera excelente.

Los que estudian la formidable personalidad de Sarmiento, no deben dejar de lado estos libritos, de mayor importancia de la que se les dió hasta ahora. Nada de lo que hizo Sarmiento vale poco.

B. González Arrili

Erratas

Dos nos resultaron en la última página (la 224) de la edición anterior. En la nota *Unas palabras*, renglón 14, de alto a abajo, debe leerse así:

es en parte robinsonear: etc.

La noticula segunda, con las mismas palabras, ordenadas, diría así:

Esta mesa redonda, tan antigua como las culturas, que no la de los rotarios de nuestra época, por ejemplo, si que vale la pena y nos place y nos conviene.

Imprenta LA TRIBUNA